



PROSPECTIVA. Revista de Trabajo
Social e intervención social

ISSN: 0122-1213

revista.prospectiva@correounivalle.edu.c

o

Universidad del Valle
Colombia

Bolaño Navarro, Nancy; Pérez Mendoza, Liliana
MEMORIAS DEL TERRITORIO Hacia políticas e intervenciones sociales complejas frente
al desplazamiento forzado
PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e intervención social, núm. 13, octubre, 2008
Universidad del Valle
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=574261796008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

MEMORIAS DEL TERRITORIO

Hacia políticas e intervenciones sociales complejas frente al desplazamiento forzado*

Nancy Bolaño Navarro**

Liliana Pérez Mendoza***

Resumen

Se intenta esbozar algunos lineamientos a considerar en las políticas e intervenciones sociales dirigidas a la población en situación de desplazamiento forzado, a partir de la comprensión del sentido que tiene el territorio habitado antes del desplazamiento, para las personas que se han asentado en las ciudades de Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, y la forma en que esto determina el anhelo de territorio que desean ocupar posterior a su condición de desplazados, en estas urbes, dando cuenta de los avances y retrocesos, que en el tema socio-cultural ha producido el proceso de violencia en algunas ciudades de la costa caribe colombiana y teniendo como hilo conductor los imaginarios sociales subyacentes alrededor de lo territorial. El artículo presenta resultados de la investigación *Imaginarios socioculturales sobre el territorio de la población en situación de desplazamiento forzado*, cuya información fue recogida mediante lecturas de contexto, mapas mentales y entrevistas a diferentes muestras de población desplazada como fueron los niños, los jóvenes, los adultos y personas de la tercera edad, de ambos sexos y residentes al momento del estudio en las ciudades mencionadas. Fue central conocer las memorias, vivencias y anhelos acerca del territorio de estas personas y el significado acerca del mismo.

Palabras clave: Territorio, imaginarios sociales, territorialidad, políticas sociales, intervención social, población en situación de desplazamiento forzado.

* Artículo tipo 1: Investigación Científica. El presente trabajo es producto de la investigación apoyada por la Universidad de Cartagena a través de la Vicerrectoría de Investigaciones y la Facultad de Ciencias Sociales y Educación, titulada: *Imaginarios socioculturales sobre el territorio de la población en situación del desplazamiento forzado*. Caso: Cartagena, Barranquilla y Santa Marta. Año 2002, El mismo fue presentado en el Seminario de investigación urbana-regional “*la Construcción colectiva del territorio*”, realizado por la Asociación Colombiana de Investigadores Urbano-Regionales (ACIUR) en la ciudad de Bogotá del 29 de Noviembre al 1º de diciembre de 2006.

** Trabajadora social. Especialista en procesos sociales de la familia. Especialista en Teorías, métodos y técnicas de Investigación social. Profesora asociada de la Universidad de Cartagena. Investigadora principal del estudio. Miembro del grupo de investigación de la Universidad de Cartagena: Cultura, ciudadanía y poder en contextos locales (Reconocido y clasificado en categoría C por Colciencias). e-mail: indiatayrona@hotmail.com

*** Trabajadora social. Especialista en administración de programas de desarrollo social. Especialista en Teorías, métodos y técnicas de investigación social. Magíster en Trabajo Social. Profesora titular de la Universidad de Cartagena. Co-Investigadora del estudio. Miembro del grupo de investigación de la Universidad de Cartagena: Cultura, ciudadanía y poder en contextos locales (Reconocido y clasificado en categoría C por Colciencias). e-mail: lperez2@unicartagena.edu.co/lperezml@puc.cl

Abstract

It tries to outline some guidelines to consider in the political and social intervention aimed at the population in a situation of forced displacement, from the understanding of the meaning that has inhabited the territory before posting, for people who have settled in cities Cartagena, Barranquilla and Santa Marta, and how this determines the desire to want to occupy territory after their status as displaced persons in these cities, noting the advances and setbacks, which in the socio-cultural theme has been the process of violence in some cities on the Caribbean coast of Colombia and taking as the common thread underlying social imaginary land around it.

The article presents results of research on the socio-cultural imagery territory of the population in a situation of forced displacement, whose information was collected through readings of context, mind maps and interviews with samples of different people were displaced as children, youth, adults and seniors, residents of both sexes and at the time of the study in the cities mentioned. He was central to know the memories, experiences and aspirations on the territory of these people and the meaning on it.

Key words: territory, imaginary social, territoriality, social policies, social intervention, people in a situation of forced displacement.

Antecedentes contextuales. Año 2002

En los últimos 10 años el problema del desplazamiento forzado por el conflicto armado ha crecido vertiginosamente en el país. Según el informe del CODHES del año 2002 (Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento Forzado)¹ este año fue considerado como el de mayor desplazamiento forzado en Colombia desde 1985, con consecuentes cambios en la configuración social y demográfica de la cuarta parte de los municipios del país, una alarmante desintegración de los grupos étnicos y la intensificación de formas de presión y control de los actores del conflicto armado sobre la población civil. El estimativo a nivel nacional para ese año era de 412.553 personas víctimas del desplazamiento, equivalente a un promedio de 1.144 por día, correspondiente aproximadamente a 82.511 hogares.

Como es sabido, en el mismo año, se daba un proceso de transición entre el nuevo gobierno y el saliente, trayendo el nuevo la implementación de una política de seguridad democrática y Estado comunitario como argumento para hacer frente a la ruptura y fracaso del proceso

¹ Ver: www.codhes.org.co. "Informe sobre desplazamiento forzado, conflicto armado y Derechos Humanos en el 2002" Boletín número 44, Bogotá, 28 de abril de 2003.

de paz del anterior período. Por otra parte, se evidenciaban cambios en la dinámica del conflicto armado a partir de la delimitación de regiones para la paz como las zonas de distensión, la creación de las zonas de rehabilitación, las nuevas unidades militares, y estrategias de los actores insurgentes, las fumigaciones de cultivos ilícitos en zona de conflicto, etc.

En términos de la política de atención a desplazados, ACNUR² planteaba en un balance realizado sobre ésta, que pese a los avances en materia institucional y de inversión especialmente asociados al incremento de la cooperación internacional, en dicho informe se reconocía que en esta materia el Estado había avanzado en la formulación de una política más integral, en el desarrollo de normas y jurisprudencia, la coordinación interinstitucional, la asignación y la puesta en marcha de sistemas de información mejor diseñados, más no en la ejecución de recursos y en la cobertura de los programas. También se resaltaba como una de las principales conclusiones del balance, que la política del gobierno se mantuvo concentrada en la atención humanitaria de emergencia; sin embargo, la cobertura siguió siendo muy baja, pues sólo llegó al 33 % de la población afectada. Así las cosas, esta política aparecía débil en la prevención, y mostraba pocas fortalezas para emprender el proceso de retorno y estabilización social y económica e integral para las víctimas del desplazamiento forzado.

En su informe el CODHES también planteaba que, la ausencia de diálogos y negociación, la intensificación de la ofensiva militar por parte del gobierno, así como los mecanismos novedosos como las redes de informantes, la institucionalización de soldados rurales y el pago de recompensas, entre otros, exacerbaban los ataques de la insurgencia hacia la sociedad civil, aumentando el número de familias que se desplazaron a otros territorios.

La dinámica del conflicto armado interno en Colombia y su incidencia en la región caribe en el año 2002, específicamente en los departamentos de Bolívar, Atlántico y Magdalena, se veía reflejada en las disputas de los grupos al margen de la ley –ELN, FARC, Autodefensas– por los territorios ubicados en estas zonas, en los que se hacía presente la violación sistemática de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario, provocando desplazamientos masivos, familiares e individuales de zonas rurales a las cabeceras municipales y centros urbanos.

² Citado en: Boletín N.º 44 del CODHES. “Balance de la Política de atención al desplazamiento Forzado en Colombia. 1999 -2002. Alto comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados Oficina para Colombia – ACNUR. Bogotá, 2003.

De esta manera, en cada una de las capitales municipales de estos departamentos, se presentaron condiciones bastante similares en lo relativo al fenómeno del desplazamiento forzado por la violencia. El aumento del número de personas y familias que se desplazaron a estas ciudades fue muy significativo en cifras tanto, que en su momento, cada una de estas ciudades fue señalada como una de las de mayores receptoras de población desplazada en Colombia, de acuerdo con los datos estadísticos manejados por los organismos oficiales nacionales y regionales.

La población que se desplazó a estas ciudades fue mayoritariamente expulsada por el conflicto armado en poblaciones pertenecientes a áreas señaladas como de agudo conflicto en la Costa Caribe como han sido los Montes de María, el sur de Bolívar, la sierra nevada de Santa Marta. También se recibieron personas provenientes de los departamentos de Chocó y Antioquia, así como población indígena de la Costa Pacífica y de otras regiones del interior del país.

Una de las mayores evidencias de este incremento desmesurado y abrupto en esta población en Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, fue la crisis que se generó en la prestación de servicios públicos, especialmente el de energía eléctrica, dada la falta de recursos institucionales para atender las nuevas demandas urbanas. Por ello, fueron recurrentes los movimientos de protesta –algunas veces violentos–, dado el deficiente suministro y la baja calidad de este servicio en los barrios en los que se ubicaron en mayor número las personas desplazadas. Las dos empresas prestadoras del servicio de energía eléctrica (Electrocosta en Cartagena y Electricaribe en Barranquilla y Santa Marta) fueron objeto de constantes denuncias, señalamientos y hasta actos terroristas, ante la inconformidad de la población civil en cuanto al suministro del servicio.

Otro aspecto común fue la crisis en la que entraron los hospitales públicos, incapaces de atender las demandas de una población creciente con los precarios recursos de que disponían. Las administraciones municipales de estas ciudades, no propusieron otras alternativas para una adecuada atención en salud. En el año 2002, en las tres (3) ciudades mencionadas, se incrementaron de manera desmesurada las ventas callejeras y otros negocios, en los cuales se ocuparon gran parte de la población desplazada y desempleada residente en las mismas. Así mismo, se reportó un aumento de la violencia intrafamiliar, de hechos violentos en las calles, de prostitución juvenil, de aumento en la cifra de desempleo y en los índices de desnutrición, especialmente en la población infantil.

También, se registraron intentos de retorno de la población desplazada a sus lugares de origen, concretamente en Bolívar, hacia la población de El Salado, y en el Magdalena, en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, no concretados en gran parte, por el temor de los desplazados para regresar sin recursos gubernamentales que garantizaran el apoyo continuo necesario para ello.

En las tres (3) ciudades se reportaron acciones de las entidades oficiales y ONG's a favor de la población desplazada, especialmente en cuanto a promoción de proyectos productivos, capacitación, distribución de alimentos, apoyo a vivienda. Empezaron a funcionar novedosas formas de atención móvil a usuarios de algunos servicios (ICBF, Registraduría), pero también se incrementaron las demandas de la población desplazada, lo que generó no pocas veces, desacuerdos y falta de coordinación entre estos organismos.

Una de las acciones gubernamentales más definidas fue la ampliación de la cobertura educativa, sobre todo en el nivel de la enseñanza básica, para acoger el mayor número de niños y jóvenes en condición de desplazamiento. También fueron importantes, los esfuerzos para capacitar a los maestros en el tema de atención a esta población (esto último especialmente en Cartagena). Por último, cabe destacar que en las tres (3) ciudades surgieron asociaciones, comités, organizaciones cuyos propósitos se encaminaron a la atención a la población desplazada, con apoyo de organismos internacionales.

Es claro que el desplazamiento forzado por el conflicto armado se ha ido constituyendo en las diferentes ciudades de la costa caribe colombiana, en un problema cada vez más grave, dada la lucha territorial de los grupos al margen de la ley y el uso de la violencia a que esto conlleva, generándose paulatinamente una creciente expulsión de la población civil a las ciudades más cercanas, que se ven desbordadas con gran cantidad de personas y familias que se desplazan a su interior, “sin intenciones de regreso”. Fenómeno éste que ha dado lugar a que instituciones de diverso orden de la región y del país, se interesen no sólo en su estudio, sino en su atención y a que sea relevante pensar en que las políticas sociales dirigidas a esta población, emerjan de la consideración de las particularidades de los sujetos y de dichos contextos socio-culturales, si tenemos en cuenta que ésta es una situación que tiene impacto, en alguna medida, en toda la sociedad colombiana, y no solo a los individuos que lo padecen.

1. Límites y alcances de la investigación

La Universidad, tradicionalmente conocida como centro generador de conocimiento, es mucho lo que puede y debe aportar frente a la problemática del desplazamiento forzado, sus causas, manifestaciones y consecuencias desde lo familiar, lo económico, lo político y lo sociocultural, a fin de contribuir a elaborar y ofrecer acciones sociales que hagan viable una mejor calidad de vida para estas personas, en asocio con el Estado, las ONG's, y el sector privado, a fin de lograr un mayor impacto de las llamadas políticas sociales públicas, que incluyan la prevención del fenómeno y la atención del mismo.

Desde el año 2000 ha tenido la Universidad de Cartagena, a través de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación, interés en ampliar la comprensión social del mismo, y seguir vinculando estos análisis a una mayor proyección social, en el propósito de promover una sociedad más justa y equitativa para todos.

Surgen entonces, investigaciones como ésta, de corte comprensivo³ y cualitativo, cuya importancia radicó en conocer el uso dado y pensado del territorio por parte de esta población antes y después del desplazamiento forzado, a fin de reconstruir la memoria colectiva, rastreando los elementos socioculturales que van dando forma desde el proceso inserción de esta población en el medio urbano, a nuevas configuraciones o cartografías, que han sido entendidas por autores como García Canclini, como hibridaciones. Básicamente interesó el abordaje teórico-conceptual de categorías como *Territorio e Imaginarios sociales*.

La información primaria⁴ fue recogida a través de entrevistas y mapas mentales, y contrastada con lecturas de contexto⁵ y archivos de baúl de esta población, tratando con ello de interpretar el lenguaje, los imaginarios sociales referidos al territorio. La muestra seleccionada fue de 120 personas en situación de desplazamiento forzado, asentadas en las ciudades de Cartagena, Barranquilla y Santa Marta y distribuidos en un tamaño de 40 personas por cada ciudad. En su selección se utilizaron criterios como: igual número de hombres y mujeres, inclusión de población infantil (7 a 11 años), juvenil (15 a 25 años), adulta (30 a 50), adulta mayor (50 a 74 años). Con ello se buscó conocer según el género y rango de edades, los diferentes referentes acerca del territorio.

Los resultados de esta investigación, si bien aportan a la comprensión del problema, indicando paisajes, eventos, personajes, expresiones, relaciones, sistemas de producción e instituciones de la población estudiada en estos tres (3) territorios, consideramos que son “transitoriamente finales”, por cuanto dejan abierto el camino para profundizar los planteamientos y hallazgos, entendemos que su difusión va permitir aportar otros elementos para el análisis del fenómeno del desplazamiento forzado, y para su intervención social, dado el interés por recuperar en alguna medida, la memoria, las vivencias y los anhelos de sus principales “víctimas”.

³ Este enfoque investigativo señala “el conocimiento como una creación compartida a partir de la interacción entre el investigador y el investigado, en el cual los valores median o influyen en la construcción del conocimiento; lo que hace necesario meterse en la realidad objeto de análisis para poderla comprender tanto en su lógica interna como en su especificidad.” (Sandoval, 1997: 28).

⁴ El proceso de recolección de información de tipo primario fue realizado en el año 2002, por estudiantes en prácticas de último año de pregrado de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación de la Universidad de Cartagena, ubicadas en el campo de práctica de la Red de Solidaridad Social.

⁵ Se consultó información archivística sobre desplazamiento forzado en la prensa local de estas tres (3) ciudades, así como en la información regional de periódicos nacionales.

Esta categorización no es compartida por las autoras en tanto su significado sea de espectador pasivo, digno de conmiseración, de lástima, pues a pesar del desplazamiento que han vivido, reconocemos en éste mismo fenómeno una fuerza que los impulsa progresivamente para asumirse con un mayor ejercicio de ciudadanía, que representa valiosos esfuerzos.

Asumiendo en esa medida una territorialidad que excede los límites espaciales y amplía su horizonte de sentido desde lo memorístico, lo simbólico, pero también desde lo relacional, y desde el potencial constructivo de esperanzas, de sueños. Llegando a configurar simbólicamente imágenes de territorio, que si bien ya no es “el que me quitaron”, es otro, “en el que puedo estar” al menos transitoriamente, “mientras encuentro uno mejor” que los anteriores, de acuerdo a “mis nuevos intereses”, entiéndase “proyecciones”.

Nos preguntamos entonces, si para la población en condición de desplazamiento forzado, ¿las nuevas imágenes del territorio tienen una “victimización”, que para muchos, ellos cargarán de por vida?, o será acaso que ¿el mismo desplazamiento abre un camino de mayor “ciudadanización” de sus principales actores, a partir de las expectativas que se empiezan a abrir al entrar en contacto con “territorios” diferenciados del de sus orígenes?, Cuáles son entonces, los códigos con que académicos, promotores y gestores de lo social, hacemos lecturas de las nuevas cartografías sociales?, y cómo a propósito del desplazamiento forzado, entendemos que el territorio y los imaginarios sociales acerca del mismo, son categorías que pueden contribuir no sólo a comprensiones más complejas del fenómeno y de los principales sujetos que emergen a su interior, sino también nuevas configuraciones de la gestión social pública, que reivindiquen el tema de ciudadanía desde la solidaridad, desde la reciprocidad, desde el real acercamiento hacia el “otro” como igual, como prójimo aunque diverso, a partir del discurso, como sugiere el planteamiento Habermasiano⁶, y no desde el legado histórico-conceptual ligado a “bondad” a expensas de asimetría, o desde la explosión empírica, “filantrópica” y pluridiversa contemporánea.

El trabajo se inscribe en los desarrollos de un grupo de investigación de la *Universidad de Cartagena*, interesado en la *Cultura, Ciudadanía y Poder en Contextos Locales*, que considera que como académicos estamos llamados a aportar en la construcción de lo local, y desde allí, contribuir a un modelo de ciudadanía más incluyente y participativo, que integre lo cultural, lo social, lo económico y lo político. Es así como en el caso de esta investigación, se ha pretendido comprender un poco más, o mejor, de otra forma, el entramado de significaciones y relaciones que fluyen entre personas que han sido

⁶ Para Habermas tal principio de solidaridad, está presente en la acción comunicativa de los sujetos por cuanto la misma “reclama empatía y preocupación por el bienestar del prójimo” (1991: p. 108), y es que para el autor el “otro” solo puede ser reconocido desde el lenguaje, apuesta que retomamos en este trabajo.

desplazadas de sus sitios de origen a raíz de la violencia y los antiguos habitantes de los contextos localizados en las ciudades donde llegan a asentarse, y donde espontáneamente se van reconfigurando subjetividades, pero también intersubjetividades, a partir de las resignificaciones simbólicas del territorio, que adquiere connotaciones particulares, fundantes, que van más allá de lo rural o desde lo urbano y las implicaciones que tales categorizaciones tienen, tanto para los sujetos como para sus nuevas realidades.

2. Territorio e imaginarios sociales, de cara al desplazamiento forzado. Especificaciones conceptuales

El desplazamiento forzado interno, es a no dudarlo uno de los mayores efectos del conflicto armado en Colombia, con gran impacto social, económico, cultural y político en la calidad de vida de los habitantes, tanto en el territorio del que han sido expulsados como al que han tenido que llegar. Esto, dado que, por un lado, *“la población desplazada constituye una fragmentación de las interacciones sociales, de las vecindades, de los vínculos de la gente con su tierra a un territorio que se encuentra en disputa por los grupos armados al margen de la ley”* (Espinoza, 2001: 33), pero por otro lado, el territorio al que han llegado tiene también ya dada una población y una dinámica propia. ¿Qué pasa con el lugar hacia donde se dirige esta población?

Esta claro, que una evidencia de este fenómeno son las ciudades o cabeceras municipales, a donde llegan buscando la protección y seguridad, que han sido abruptamente violentadas en sus lugares de origen. La pregunta es ¿empiezan ellos a tejer lazos de unión, de vecindad con la gente de estos otros lugares donde llegan? ¿Tratan de reconstruir en ellos el imaginario de territorio y de cotidianidad que han vivido?, o por el contrario, ¿asumen las configuraciones socio-territoriales que en éstos nuevos sitios se dan, de manera inmediata o paulatina?, o será que tal vez, ¿le dan rienda suelta a configurar un ámbito de relaciones sociales, de modos de vida, y de territorio que desde siempre tuvieron como ideal en sus imaginarios anteriores?

En respuesta a estas inquietudes nos aventuramos a explorar cuales son los imaginarios acerca del territorio de esta población “en situación de desplazamiento forzado”, como hoy en día se les denomina, y, cual es el papel que estos cumplirían en las nuevas configuraciones socio-espaciales que surgen en las ciudades de la costa caribe colombiana, sobre todo en los barrios o invasiones donde estas personas se asientan, y donde es claro que su llegada, empieza, de manera explícita o implícita, consensuada o no, a marcar una relación dialéctica de saberes y prácticas cotidianas, entre estos “nuevos” pobladores y los antiguos, que algunos ya han llamado, “pobres históricos” de estos lugares.

Gloria Naranjo, señala que *“si bien la ciudad que recibe al desplazado no se transforma inmediatamente por su sola presencia, él mismo, su familia, y su grupo local, se convierten en sujetos que experimentan cambios de diversa índole: En las orientaciones de valor, en los patrones conductuales e intelectuales y en los estilos culturales. De cualquier forma son esfuerzos de transformación que suponen a la vez continuidad y discontinuidad, participación en una sociedad nueva y preservación de una identidad cultural”* (2001: 94). En esta dinámica de intercambio sociocultural, la población que se desplaza a otras regiones libra una ardua lucha por insertarse en los nuevos contextos. Teniendo en cuenta que esta inserción se hace en medio de la heterogeneidad propia de esta población, se entiende entonces, la complejidad que representa el encuentro de múltiples y diversas culturas, en un mismo territorio, tanto geográfico como social.

Se puede afirmar entonces, según Oscar Espinoza, que lo que se traslada a las zonas urbanas son *“grupos con distintas procedencias geográficas y culturales, donde se establecen lazos de vecindad entre diversas culturas, cada una de ellas con referentes distintos de territorio, de organización, de bienestar”* (Espinoza, op. cit.: 35), dando lugar a invasiones o barrios con algún tipo de identidad sui – generis y que mezcla diferentes expresiones, reivindicaciones, formas de cohesión y participación sin aparente consistencia (Ibíd.: 36). Es decir, el desplazamiento forzado de personas, familias y poblaciones enteras pasa a ser también, el desplazamiento de hábitos, costumbres, sueños y esfuerzos, pasados, presentes y de futuro, que propician formas de relación diferentes con el territorio en que se ubican, que trasladan la guerra y sus efectos a los espacios urbanos y tejen un híbrido de relaciones sociales y culturales, difícilmente diferenciables entre lo rural y lo urbano, o entre lo foráneo y lo endógeno, y con ello, un desbordamiento de las ciudades que se traduce en una nueva construcción espacial, social, política, económica y cultural del territorio.

Abordar la temática del desplazamiento forzado, desde esta perspectiva para interpretar y comprender los imaginarios que construye esta población en términos de la territorialidad, implica entender que la relación socio espacial involucra aspectos que van más allá de la connotación de espacio pues en éste se generan procesos identitarios de los colectivos, en razón a sus historias y cotidianidades, delimitado por las relaciones espaciales con objetos y sujetos.

En este mismo orden de ideas, si partimos de la definición del término territorio que *“se deriva de las raíces latina terra y torium, que conjuntamente significan la tierra que pertenece a alguien”* (Lobato Correa, 1997, Citado en: Montañés, 2001: 20), tenemos entonces que, *“(…) Los sujetos que ejercen territorialidades pueden ser individuos, grupos sociales, grupos étnicos, empresas, compañías transnacionales, Estados, nación o grupos de Estado - nación. Las territorialidades se crean, recrean y transforman históricamente*

en procesos complejos de territorialización y desterritorialización, impulsados a través de mecanismos consensuados o conflictivos, de carácter gradual o abrupto” (Ibid.: 22).

Pero en sentido estricto ¿qué es lo se entiende por territorio? Hay diferentes concepciones acerca del término, entre las que se puede mencionar las de Giménez quien afirma que *“puede ser considerado como zona de refugio, medio de subsistencia, fuente de recursos, área geopolíticamente estratégica, circunscripción política administrativa, pero también como paisaje, belleza natural, entorno ecológico privilegiado, objeto de apego afectivo, tierra natal, lugar de inscripción de un pasado histórico y de una memoria colectiva en una palabra como geosímbolo⁷”* (2000: 90 - 91). Por lo que según este autor el territorio, tiene dos características esenciales, por un lado, como lugar con capacidad de proveer a sus actores un entorno, producción económica, interacción política, pero también capaz de producir apego afectivo, pasado histórico y memoria afectiva.

Y es que según Delgado:

“(…) El análisis de la producción (social) del espacio (social) es abordado por Lefebvre (1999) como una “economía política del espacio y su producción” es decir como un proceso histórico desde tres ámbitos. Las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación. Las prácticas espaciales se refieren a producción de la espacialidad de cada formación social. La práctica espacial de una sociedad es revelada descifrando su espacio, tiene que ver con el espacio interpretativo y se refiere al espacio conceptualizado por científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas, artistas, etc., generado en las relaciones de producción es el espacio dominante en cualquier sociedad, los modos de producción, y se expresa mediante el uso de sistemas y signos gráficos, mapas, planos e imágenes mentales del espacio que contiene las representaciones del poder y de la ideología dominantes. Los espacios de representación o espacios vividos por lo habitantes usuarios del espacio, son espacios de resistencia, espacios simbólicos y contra espacios que contienen simultáneamente a los otros espacios” (2001: 52).

Por lo cual, entonces se entendería el territorio como un espacio que además de contener una connotación de poder, involucra lo simbólico del mismo, y los mecanismos de resistencia sutiles que sus actores le imprimen como respuesta a un orden socio-espacial dado en las urbes.

También el territorio es asumido como un espacio de inscripción de la cultura, teniendo en cuenta los bienes culturales y ambientales que a su interior se dan, y además como el marco o área de distribución de instituciones y prácticas culturales, especialmente localizadas, aunque no intrínsecamente ligadas a un determinado espacio (Bouchard 1994:110-120) (Ibid).

⁷ Para este autor, retomando a Bonnemaïson (1981), éste representa *“un lugar, un itinerario, una extensión o un accidente geográfico que por razones políticas, religiosas o culturales revisten a los ojos de ciertos pueblos o grupos sociales una dimensión simbólica que aumenta y conforta su identidad”*.

En este sentido, Armando Silva, afirma que *“el territorio es y seguirá siendo el espacio donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del pasado y la evocación del futuro permite referenciarlo como un lugar que aquel nombró con límites geográficos y simbólicos”* (2000: 48). Por ello entonces, el territorio es asumido no sólo como un espacio físico de interacciones sociales, sino también, como un espacio que evidencia en cada uno de sus miembros el sentido de pertenencia, su estructura, los roles de sus actores, así como, una identidad.

Por su parte, Giménez explica que *“se puede abandonar físicamente un territorio, sin perder la referencia simbólica y subjetiva del mismo, a través de la comunicación a distancia, la memoria, el recuerdo y la nostalgia. Cuando se emigra a tierras lejanas frecuentemente se lleva la “patria dentro”* (op. cit.: 101-102). En el territorio, tienen lugar procesos de socialización primaria entre sus miembros que interiorizan elementos simbólicos hasta asumir sentimientos y estatus de pertenencia socio-territorial, esto es lo que algunos autores llaman “territorios internos” que subyacen a la conformación de nuevas colectividades o transformación de los mismos.

De esta manera, estas nuevas construcciones de territorio, como las anteriores que pasan sobre la memoria y el sentir colectivo de los desplazados tienen *“ciertas características ligadas a los imaginarios de identidad, alteridad y pluralidad disponibles”* (Villegas, 2001: 12), por lo que para Arturo Escobar *“la producción social del espacio implícita en estos términos está ligada a la producción de diferencias, subjetividades y ordenes sociales”* (1998:30)⁸. Y es que según Villegas, el territorio es un lugar de dialécticas, de dinámicas, entre el poder, la cultura y las cosmovisiones, que así como lo aprehenden, lo habitan y lo afectan (Ibíd.: 34). Lo cual denota que el territorio más que espacialidad, es también un espacio de confluencia social, donde transitan subjetividades e intersubjetividades, mediadas por imaginarios, dados en un marco cultural específico, que se pone en juego todo el tiempo, y que su vigencia y pertenencia, va a depender tal vez, de la vehemencia con que se perpetúe mental y lingüísticamente, así como en las prácticas cotidianas de sus actores.

Por ello para Armando Silva el territorio se constituye entonces, en *“una estrategia de comportamiento social y urbano”* (op. cit.: 50), sin embargo según este autor, *“para que hablemos de construcción de territorios solo se requiere que nos refiramos a un conjunto de prácticas que en su conjunto manifiesta ser construida por unos sujetos territoriales que han seguido un proceso de actualización para reconocer en sí misma la experiencia social”* (Ibíd.: 72-73).

⁸ Para este autor, retomando a Bonnemaïson (1981), éste representa *“un lugar, un itinerario, una extensión o un accidente geográfico que por razones políticas, religiosas o culturales revisten a los ojos de ciertos pueblos o grupos sociales una dimensión simbólica que aumenta y conforta su identidad”*.

Este es concepto del cual diferimos, pues el territorio no sólo se expresa en unas prácticas “actualizadas”, sino en una representación mental que es perenne en el tiempo y cuya presencia va mas allá de que se habite un lugar distinto, o se practiquen formas de vida diferentes, pues en el mismo sentido del que habla de éste autor acerca del territorio como una estrategia de comportamiento, las practicas diferentes a las asumidas en el territorio que subyace en la mentalidad de sus actores, puede llegar a ser también una estrategia, en este caso de supervivencia, pues como ya lo decía Villegas, es innegable la presencia de semblanzas de poder y cultura, en cada uno de los ámbitos territoriales que se habitan, más aún en el caso de los desplazados que llegan a ser vistos como “invasores” en un espacio urbano, que “pertenece a otros”, y en el cual ellos deben y buscan, en su mayoría, “sobrevivir”, porque está claro, que *“el habitar no consiste solamente en residir en un lugar sino en entenderlo y darle significado personal”* (Maicol, 2001: 24).

Y es que *“[...] parece olvidarse que el problema no es solo de formas sino de contenido, que la gente no opera de manera mecánica sino que opera a través de repertorios socioculturales mediante los cuales representan el mundo para hacerlo suyo y no siempre esos repertorios hacen posible una apropiación sinérgica del entorno, que resulte a la vez eficaz para dar respuestas a búsquedas individuales y sociales”* (Ibíd.). Es así como el territorio se resignifica a partir de la confrontación permanente en cada espacio de interacción física y social de sus actores, de su pasado, de sus tradiciones, de su comprensión del mundo, de sus anhelos, sus valores, los acuerdos sociales y las formas de pervivencia, en él han tenido lugar.

De esta manera, cada actor o grupo social, como el caso de las personas desplazadas por la violencia, expresa en su memoria, en su lenguaje y en sus prácticas la pertenencia a un territorio, su identidad con éste, y al mismo tiempo, lo reconstruye, al contacto con otros territorios que pueden ser vistos, por sus actores, como alternativos, o incluso como sus “nuevos” territorios, en la medida en que la marca que aparece es la de inclusión a través de su vinculación a redes solidarias y la apropiación o el apego al mismo, o por el contrario, la exclusión, total o parcial del espacio, así como de las prácticas, los significados e imaginarios, suscitados en éste. Por lo que al decir de Henao y Villegas, el territorio cobra sentido en *“la intercomunicación de recuerdos, vivencias y expectativas”* (1997: 213), y en esto *“hay buena dosis de espontaneidad e inconciencia”* (Ibíd.).

De esta manera, coincidimos con el autor Ovidio Delgado en el sentido de que *“decir que algo es socialmente producido no es reconocerle el carácter de subjetividad individual. Las definiciones sociales de espacio objetivo y tiempo objetivo están implicadas en procesos de reproducción social”* (2001: 50), por cuanto entendemos una relación de subjetividad/intersubjetividad asociada al territorio, pero aún cuando afirma que *“una forma de particular de representación del espacio y del tiempo surge del mundo de las prácticas, sociales en un sentido que asegura el orden social.*

Las representaciones del espacio y del tiempo surgen en el mundo de las prácticas sociales. Pero son a su vez, instrumentos de regulación de dichas prácticas” (Ibíd.), entendemos que las prácticas sociales son sólo una de las formas como el espacio y el tiempo se representan, pero no todas, aunque es indudable el gran despliegue de éstas cuando de territorio se habla.

Y es que según Vicent Goueset citando a “[...] Di Meo (1993) quien reforma la clasificación marxista clásica, define el territorio como una fragmentación de espacio donde se fusionan tres tipos de estructuras, una infraestructura (el espacio físico con sus artefactos humanos y la esfera de las actividades económicas) una superestructura (tanto en el campo político como el ideológico y el simbólico) y una meta estructura (la relación individual con el espacio), noción que hace eco con el concepto tradicional de espacio vivido-espace vécu” (1998: 80-81), por lo que tales estructuras denotarían la complejidad del mismo, y como las transformaciones dadas en uno u otro, tiene significación para las demás. Más aún hoy se plantea que *“en una perspectiva de corte postmoderno, la territorialidad no es solamente una cuestión de apropiación de un espacio por un Estado o por cualquier grupo de poder – sino también de pertenencia a un territorio a través de un proceso de identificación bien sea colectivo como individual, que muchas veces desconoce las fronteras políticas o administrativas clásicas” (Claval ,1996, (citado en Ibid:79-80), por lo que hoy se habla del territorio, como un espacio que da lugar a una especie de “transterritorialidad”, dadas las diferentes formas de apropiación que se hacen del mismo, por lo tanto, las nuevas configuraciones urbanas son además de una organización espacial, la expresión de un tipo de organización social, porque el territorio también se entiende desde lo más amplio que puede ser una determinada colectividad.*

Entonces, el mismo se configura tanto a escala micro como a escala macro en la ciudad, en tanto en una y otra se reproducen y conviven los esquemas de organización y de sobrevivencia urbana, la vida social, de sus actores y grupos sociales, y a partir de aquí se resignifican sus imaginarios, sus referencias, sus símbolos, para configurar su nueva “cotidianidad”, al fin de cuentas identitaria con lo que de acuerdo a sus nuevas “vivencias” y “anhelos”, a sus “nuevos vínculos” o “mecanismos de resistencia”, podría llamarse su “preterritorialidad”. Y es aquí donde Montañéz señala que estaría *“una porción suficiente para incidir en la transformación de ese territorio”* (op. cit.: 21), por parte de los sujetos o grupos sociales, en este caso, la población desplazada, por cuanto esto denotaría al menos, el interés por la apropiación de este espacio.

Sin embargo, hoy por hoy no podemos olvidar como lo señala el mismo autor que también *“[...] las imaginaciones y utopías territoriales tienden hoy a crearse y recrearse a partir de frecuentes y avasallantes ráfagas de información cargada de estereotipos que los medios de comunicación divulgan, imaginarios y modelos reales o ficticios de la vida en lugares, regiones y países donde la vida cotidiana guarda diferencias notables con*

aquellas realidades de sociedades como la nuestra o la de los demás países latinoamericanos” (Ibíd.:29). Por lo cual agrega que “[...] las dimensiones subjetivas del espacio y del territorio se conforman desde una trama de relaciones y tensiones permanentes entre lo propio, lo universal y lo ajeno. Pero contribuye a su formación las expresiones concretas de producción del espacio geográfico en las que con frecuencia subyace la preeminencia y multiplicación de determinados modelos espaciales y técnicos” (Ibíd.: 30).

De esta manera, entendemos que, no solamente elementos subjetivos y relacionales entran en juego en la configuración del territorio, sino además, otros, inspirados en un orden técnico, político-administrativo, y hasta “global”. Sin embargo, interesó en este trabajo analizar aquellos de orden simbólico, como los contenidos en los imaginarios individuales y grupales de personas en situación de desplazamiento no importa su número, porque el caso es que indudablemente, ellos han llegado, muchos para quedarse— y han cambiado el esquema citadino del territorio, y esto no sólo a nivel espacial, sino de sus prácticas, signos y significados, al menos en las tres ciudades analizadas.

En otras palabras, la territorialidad en el ámbito urbano, puede entenderse como el “*grado de dominio que tiene determinado sujeto individual o social en cierto territorio y espacio geográfico. Así como el conjunto de prácticas y sus expresiones materiales y simbólicas, capaces de garantizar la apropiación y permanencia de un territorio dado bajo determinado agente individual o social*” (Ibíd.: 23), por lo que ya sea el territorio, o la territorialidad, éstos coexisten en el ámbito urbano “*de manera consensuada o en conflicto*” (Velest, 1999, citado en Montañés, 2001: 23).

Ahora analicemos lo que se ha dicho sobre imaginarios sociales. Según Juan Luis Pintos, éstos son “*aquellos esquemas, contruidos socialmente, que nos permiten percibir algo como real, explicarlo e intervenir operativamente en lo que en cada sistema social se considere como realidad*” (2000a: 2)⁹, más adelante el mismo autor agregará que no sólo en cada sistema social, sino también lo que se describa como realidad, en cada “*subsistema funcionalmente diferenciado*” (2000b)¹⁰, lo cual alude, claramente un punto de vista luhmanniano del autor, frente al tema. Según Pintos, estos nos permiten percibir realidades con la condición de que ellos no sean, y subyacen más allá de las evidencias y de los análisis de lo percibido en la realización del acto de visión, son elementos que permanecen presentes.

⁹ En: <http://www.usc.es/~jlpintos/articulos/construyendo.htm>.

¹⁰ En: <http://idd00qmm.eresmas.net/articulos/relevancia.htm>.

Los imaginarios pueden mostrarnos, lo que hace diferente un territorio de otro, ya sea por las formas de interacción, las experiencias, las ideas, los tiempos, los espacios, las historias, los proyectos, los valores, la religión, que se expresan en el tejido comunicativo múltiple, como son por ejemplo: sus canciones, sus medios de comunicación, sus expresiones artísticas y oralidad, entre otros.

Un imaginario es también *“una representación que uno tiene en su mente. Es la manera como la cultura vive en uno y en muchos casos cuando yo la pienso no me doy cuenta de que estoy actuando con ellos, esa representación es cultural porque me la ha dado la sociedad yo juzgo a los otros desde los imaginarios que manejo (...) los imaginarios son representaciones del mundo. Son la manera como miramos el mundo desde adentro. Es la manera como yo me represento al mundo con y desde los imaginarios. Somos seres contruidos socialmente y por tanto los imaginarios son construcciones que la sociedad hace en nosotros y que yo le coloco sellos y particularidades y que lleva actuar de determinada forma”* (Mejía, 2002)¹¹.

En este sentido se plantea que los imaginarios son producto de todo un proceso de construcción social, así pues, estos se forman a través de un conjunto de códigos que permiten comunicar el significado socialmente consensuado de unos símbolos preestablecidos por el colectivo, los cuales en últimas, vienen a afectar la manera en que se representan los individuos así mismos e interpretan la conducta social de los demás. Es decir, los imaginarios vienen a ser producto y resultado de los procesos de socialización, que a su vez, es determinado por la cultura de cada sociedad, a partir de la regulación de las distintas instituciones sociales que fortalecen o no la forma en que se estructura en un colectivo, determinados imaginarios sociales, y también su transformación, está ligada a la participación de éstas.

Por su parte, según Bronislaw Baczko, Max Weber va a plantear otro enfoque acerca de los imaginarios sociales como una *“estructura inteligible de toda actividad humana que surge del hecho de que los hombres buscan un sentido, otras tantas referencias por medio de las cuales los individuos se comunican, tienen una identidad común, designan sus relaciones con las instituciones, etcétera, la vida social, de este modo está en movimiento con códigos colectivos según los cuales se expresan las necesidades y las ilusiones, las esperanzas y las angustias de los agentes sociales”* (1991: 22). *“(...) De este modo las relaciones sociales jamás se reducen a las simples relaciones de fuerza y poderío”* (Ibíd.).

¹¹ Memorias de la conferencia *“Pedagogía del Conflicto”* presentada en el II Seminario de Pedagogía Social realizado por la Universidad de Cartagena, recogida por Carlos Ospina Bozzi. Cartagena.

De este planteamiento, se puede inferir que los imaginarios no actúan de manera aislada en la conducta social de los individuos y colectivos, por el contrario se expresan en un entramado de relaciones de interdependencia unos con otros, tanto así, que el grado de influencia o afectación que ejercen en los procesos sociales está dado por éstas relaciones de interdependencia, en una red de símbolos, códigos y significados compartidos. De este modo, a través de los imaginarios sociales, *“una colectividad designa su identidad elaborando una representación de sí mismo, marca la distancia de los papeles y las posiciones sociales; expresa e impone ciertas creencias comunes, fijando especialmente modelos formadores como el del “jefe”, “el buen súbdito”, el del “valiente”, “guerrero”, el del “ciudadano”, el del “militante”, etcétera. Así es producida una representación totalizante de la sociedad como un “orden”, según el cual cada elemento tiene su lugar, su identidad colectiva es por consiguiente marcar su territorio y las fronteras de éste, definir sus relaciones con los ‘otros’, y formar imágenes de amigos y enemigos, de rivales y aliados; del mismo modo significa conservar y modelar los recuerdos, pasados así como proyectar hacia el futuro sus temores y esperanzas”* (Ibíd.: 28).

Por lo cual asumimos que imaginarios y territorio se articulan en un eje, el de la identidad, bien sea esta individual o colectiva, en la medida en que el primero es el que va a permitir la resignificación de ésta, en cualquier territorio donde se ubiquen o transiten las personas. Como señala Alfredo Carballada, tal identidad, *“...desde una perspectiva social se expresa en forma contextual, o sea, se inscribe en un escenario que tiene una serie de connotaciones: es territorial, lingüística, familiar, histórica, religiosa, etcétera. La identidad se construye en la interacción, en la influencia mutua, en el espacio de la vida cotidiana; se elabora dentro de un “sistema” de símbolos. Por eso se relaciona con una serie de significaciones que abarcan el trabajo, la vivienda, la salud, etcétera. Así también se crea una posición o mirada en relación con las necesidades sociales y su impacto en la cotidianidad”* (2002: 100). En el caso de la población en situación de desplazamiento forzado, esto último tendría una mayor significación, dado que la categorización del problema y de ellos como sujetos que emergen de él, lleva una marca de necesidad, que va a atravesar de allí en adelante, sus prácticas cotidianas.

3. Imaginarios sobre el territorio de la población en situación de desplazamiento forzado, residente en Cartagena, Barranquilla y Santa Marta.

Antes de mostrar en síntesis, los resultados de la investigación es importante mencionar como se entiende estudiar el fenómeno del desplazamiento forzado, en cada uno de los momentos, que en este caso, hemos denominado: el antes y el después de su ocurrencia.

Si se entiende el desplazamiento desde el momento en que se presenta el ataque, la fragmentación o ruptura del tejido social, producto de la violencia surgida en sus contextos de origen, por lo que las personas, familias o grupos de familias, vulneradas en su tejido emocional, de seguridad y de esperanza, se alejan de este lugar; es el momento en que éstos al ver amenazada, su integridad personal, su seguridad, su estabilidad, recurren al abandono forzado de sus pertenencias, de sus lugares de residencia y de sus actividades productivas y cotidianas, de las personas con las que han crecido y convivido, hasta desplazarse hacia cabeceras municipales, donde se asientan y conviven con algunos “conocidos” y con “otros”, esforzándose por generar alternativas de productivas y de convivencia en estos nuevos territorios.

El **antes** se asume como, cuando en el lugar donde se vive, aparecen o se tornan más fuertes en la memoria, situaciones y hechos asociados antes y durante la violencia político-social vivida por las personas desplazadas en sus contextos de origen, es el momento en el que una población, una familia o un ciudadano, ha presenciado estos hechos, como testigo ocular o por haberlos experimentado directamente, asociando a los mismos, para el primer caso, un sentimiento de amenaza, y para el segundo, de inseguridad y de desajuste o destrucción de su mundo. Este momento, es toda la memoria recurrente en las personas, de aquello que se ha vivido antes de ser desplazado, ya sea desde la tranquilidad y armonía del lugar, hasta su salida inminente, forzada y difícil del mismo.

Mientras que el **después** del desplazamiento, es reconocido como aquel que si bien no se termina de vivenciar, aparece claramente en el imaginario, expresado lingüística y gráficamente por esta población, en algunos casos, incluso antes que el desplazamiento tenga lugar, y que dadas las circunstancias de “vivir”, forzadamente en otro lugar, termina por “cristalizarse” un poco más, asumiéndolo y buscándolo, como una posibilidad más cercana, por parte de estas personas o grupos sociales.

La técnica de los mapas mentales, fue utilizada como una de las formas más óptimas para captar gráficamente cada uno de los esquemas mentales de construcción del territorio, que en los diferentes momentos considerados en el estudio expresan estas personas, y como ésta, la situación de ser desplazado de su lugar de origen para insertarse en otro diferente, ha influido en la construcción de unos nuevos escenarios futuros deseados, o si por el contrario la memoria, el recuerdo de la vivencia en su territorio anterior, posibilita la representación de unos imaginarios reconocidos, y en algunos casos repetitivos, como estrategia para no perder “mas de lo perdido”.

Es por ello que estos mapas mentales tienen un corte cognitivo y selectivo, en el sentido de que pueden basarse en vivencias directas o en proyecciones de construcción individual o colectiva.

Con ellos se pretendió identificar y analizar los significados, lugares, costumbres, relaciones sociales, modos de vida y personajes reconocidos, pues el trazado de mapas cognitivos, a través de un dibujo como respuesta a una pregunta, denota las representaciones mentales acerca de lo que las personas o colectivos, se forman, en este caso, respecto al territorio, con base en una combinación de experiencias de lo que han vivido, han oído, o visto.

Ahora, según los datos recolectados, las personas en situación de desplazamiento son desarraigadas de sus entornos sociales, culturales, políticos y económicos, de sus viviendas, de sus familias y de sus conocidos, por lo que salen de éstos y tratan ubicarse en alguna parte de un territorio, que les es desconocido, para la mayoría de ellos, donde dicho sea de paso, de entrada no son aceptados pues vienen a incrementar la pobreza ya existente, y por lo tanto, a aumentar la disminución de las posibilidades de algo mejor a sus “antiguos pobladores” o mal llamados por algunos, como “pobres históricos”, tanto en términos de espacio geográfico, como en la utilización de recursos para la supervivencia, en estas comunidades que de un momento a otro, resultan categorizadas y tratadas, con el “status” de “receptoras” de esta población, en las diferentes ciudades y cabeceras municipales.

Por ello, pareciera que las necesidades biológicas, emocionales, sociales y espirituales, deben ser aplazadas por los desplazados en forma indefinida, lo que genera la sensación de no existencia, no pertenencia e incertidumbre en el contexto en el que se ubican después del desplazamiento.

Al indagar en esta investigación acerca de **los imaginarios contruidos sobre el territorio antes habitado** por la población en situación de desplazamiento, se encontró que en general, éste es enmarcado en una idea que Gimenez señaló, los geosímbolos, definidos como medio de subsistencia, fuente de recursos, paisaje, belleza natural, entorno ecológico privilegiado, objeto de apego afectivo, tierra natal, lugar de inserción de un pasado histórico y de una memoria colectiva (op. cit.: 90-91). Tales representaciones mentales son asociadas al concepto del territorio, entendido como una comunidad, que algunos autores señalan *“como un espacio físico y simbólico, donde el individuo aprende y construye formas particulares de relacionarse con el entorno, el tiempo y los otros; es una construcción histórico- social que se expresa en la existencia de costumbres, normas, pautas, proyectos e intereses que definen el sentido de un “nos” afirmador y diferenciador. La comunidad se materializa en la red vecinal y familiar cuyos rituales y tipos de comunicación e intercambio expresan relaciones de solidaridad y de conflicto. La red vecinal hace posible la participación en dinámicas y proyectos que crean sentido de pertenencia y la construcción de imágenes y relatos que dan cuenta de quienes lo constituyen”* (Bello, 2001: 26).

De esta manera, el territorio habitado anterior al desplazamiento, es visto como un espacio marcado y reconocido en sus recuerdos, sobre el cual existe un sentido de pertenencia aún, que es compartido con otros o “conocidos”, en él, ellos se reconocen ejerciendo dominio, poder o apropiación a través de sus instituciones sociales, valores, principios y prácticas sociales y productivas, que allí desarrollaban. De esta manera, cobra fuerza la idea del territorio, entendido como una conjugación de un capital material y físico, un capital natural, un capital cognitivo, un capital simbólico, un capital institucional, un capital cultural y un capital social, sobre el cual los sujetos se sienten capaces de inferir transformar y hasta predecir.

Los imaginarios de la población desplazada frente al territorio anteriormente habitado, son asociados a paisajes naturales, con espacios de recreación e integración, con medios para satisfacer las necesidades básicas, con bienestar, tranquilidad, armonía, del cual se siente aún parte, donde se comparten costumbres y tradiciones asociadas a valores como la lealtad, la solidaridad y el amor al trabajo, donde se es reconocido socialmente, donde se cuenta con el apoyo de la red familiar y comunitaria, también es visto por algunos hoy, como un lugar desestabilizado, caótico y amedrentador por el conflicto armado, pero para otros, un lugar carente de temor e incertidumbre, con posibilidades de progreso y de participar en su vida social y cultural, próspero, alegre. Lo que nos está indicando que el territorio habitado antes del desplazamiento pervive en la memoria de sus habitantes como “un paraíso perdido”, el cual se añora, y donde sus habitantes se reconocen entre sí y además, pertenecientes al mismo.

El conflicto es visto entonces, como aquella fuerza que irrumpe en el mismo, produciendo su abandono y desestabilidad social, política y económica. Sin embargo, no por ello desaparece de los recuerdos de sus habitantes, y por el contrario, la imagen del mismo permanece en la memoria, tanto de niños, como de jóvenes, adultos y adultos mayores. Los símbolos¹² más recordados van a ser: la presencia de la naturaleza, la vivienda, los cultivos, la pesca, la ganadería, la red familiar, el grupo de amigos y los vecinos, la iglesia, escuelas y parques, pero también quedan registrados los eventos de violencia que en ellos se han suscitados, sobre todo los que generaron su desplazamiento.

En los imaginarios sobre el territorio habitado actualmente, construidos por estas poblaciones, la cotidianidad de esta población es súbitamente transformada, por cuanto *“la regularidad de las acciones que se venían desempeñando, de acuerdo con la certeza y con la confianza que posibilitaba actuar de alguna manera consciente de las consecuencias que desencadenaría en unas condiciones de vida, hasta entonces asumidas como estables,*

¹² Entendidos como aquellos elementos (lugares, construcciones, personajes, organizaciones, acontecimientos y objetos) que tienen la capacidad de reflejar uno ó más sentimientos colectivos y motivar niveles de sociabilidad y solidaridad.

permitían definir la capacidad para influir, predecir y transformar en la propia vida individual, familiar y comunitaria, fuera del espacio físico y simbólico sobre el cual se construyó la rutina diaria, la incertidumbre se constituye ahora en una de las principales características en la vida de los desplazados, obligando ello a un gran esfuerzo emocional para replantear el orden concebido a las prácticas y a los objetos en el tiempo y el espacio así como al cuestionamiento sobre la primacía que ostentan ciertos modelos de identidad” (Ibid.: 33).

Así pues en este momento, la noción del “nos” se ausenta, y el pertenecer a, cambia por la noción de permanecer en (por obligación, más que por deseo), ya que las personas en situación de desplazamiento forzado, más allá de sufrir una pérdida de sus referentes colectivos, que como señalan los resultados anteriores para nada es real, se inserta en un ámbito de prácticas, relaciones y significados que desconoce, y donde los que él trae tal vez resultan totalmente ineficaces, o criticados generando de entrada su exclusión o por el contrario, los visibiliza en un contexto donde lo que interesa es “mimetizarse” como alguien más del mismo, pues se huye por el miedo, y se llega a él esencialmente en busca de seguridad, de protección, con lo cual el hacerse visibles, es para muchos “exponerse” nuevamente a la violencia. La construcción del territorio actual, contrario al pasado, es realizada considerando a éste como un lugar que desde su llegada, pareciera que les negara posibilidades, que los excluyera y marginara, en la medida en que las condiciones de vida están signadas por el hambre, el hacinamiento, la carencia de adecuadas condiciones de vivienda, espaciales y de servicios públicos, la carencia de trabajo digno y estable, entre otros, lo que los hace “vulnerables”, en todo el sentido de la palabra, de sus derechos.

Por ello este territorio, ubicado en las ciudades mencionadas, es visto como precario, dadas sus condiciones de vida, carente de espacios naturales, que es un “sitio contaminado”, como un lugar que no ofrece los medios suficientes para satisfacer las necesidades básicas, que los limita a la vivienda como lo único a lo que llegan a “tener derecho”, y por lo tanto, donde pueden estar, que no ofrece oportunidades laborales o éstas son precarias, y donde en síntesis conocen lo que es vivir según ellos en la “extrema pobreza”.

En cuanto a lo socio-cultural, éste espacio es visto como un lugar, donde no se reconoce a “los otros”, y por lo tanto no se sienten reconocidos, donde no se cuenta con el apoyo de la red familiar y comunitaria, es un lugar del que se desconocen sus costumbres, y donde hay pasividad de sus habitantes frente a sus condiciones de vida. Un lugar que si bien es visto por muchos, con ausencia de conflicto armado, y por lo tanto que ofrece mayor seguridad que el de donde tuvieron que desplazarse, es visto como un lugar en el que se está, pero que no se siente como propio o perteneciente al mismo, en que se está en una “transitoriedad”, mientras se adaptan al contexto urbano, y pasa su temor, un territorio ajeno a ellos, alejado, donde se permanece con “tristeza”, con “resignación”, pero además es visto como un lugar que no les permite libertad e independencia de “ser como son”.

Los símbolos que asocian con mayor recurrencia a este territorio son: la ausencia de naturaleza, la vivienda limitada, la ausencia o precarización de espacios como la iglesia, escuelas y parques, la red familiar fragmentada y los nuevos “tintes” de violencia que empiezan a vivenciar en estas ciudades. Se hace poca referencia, por supuesto, al tema de los cultivos, la pesca y la ganadería, dada la ausencia de esta posibilidad en este territorio.

Es muy significativa entonces, la sensación de no pertenecía, y poco reconocimiento manifestado por todos los segmentos poblacionales, lo que indica y confirma lo planteado acerca de que esta población pierde dignidad, sentido de existencia, y aumenta su temor y frustración al tener que vivir donde les toque, y no donde quisieran o donde habían construido su existencia. Para el caso de la ciudad de Cartagena, se identifica una ubicación definitiva desde el mismo momento de llegada a ésta, es decir, de cierta forma pareciera que desde el inicio se buscara como lugar de ubicación, claramente definido e identitario para la población desplazada, que con anterioridad en su imaginario, tal vez se ubicó en la ciudad como tal. Ello es posible explicarlo, por la centralización de las ayudas institucionales en esos lugares, o por sentir que son plenamente identificados por muchos, así sea mediante la categorización de un asentamiento de población desplazada, o por el imaginario difundido a través de los medios de comunicación acerca de lo “placentero” que resulta esta ciudad.

Se deduce que las personas en situación de desplazamiento forzado, además de sufrir un desarraigo de sus tierras, costumbres, y afectos, lo sufren de ellos mismos, al sentir una pérdida de “lo suyo”, de su individualidad, y del reconocimiento social que tenían, acompañado, (para hacer esto más profundo), de un tener que aceptar todo lo que les suceda aún a contra de su propia dignidad.

Respecto a *los imaginarios en cuanto al territorio anhelado*, hemos de partir por considerar la territorialidad como una forma de apropiación del espacio, no sólo en su aspecto físico, sino social, económico, político, cultural, sino también, mental. Por ello, tiene sentido el análisis del territorio anhelado que esta población expresa, el cual tiene las mismas características del lugar de origen, aún cuando el territorio a futuro, de manera real se construye en el lugar habitado actualmente. El deseo de lo “propio”, es representado, sumado a la posibilidad de acceder a bienes y recursos materiales, a la satisfacción de necesidades básicas y a la posibilidad de trabajar, así como de articularse a su red familiar y comunitaria, como factores preponderantes en la construcción de un territorio que les brinde un bienestar.

Las esperanzas, los sueños y el deseo de construir un nuevo territorio en el mismo que viven, rememorando el pasado, atribuyéndole características del antes habitado, puede entenderse como una estrategia de resignificar su identidad, de “renacer, es decir, de seguir siendo ellos mismos en contextos diferentes, pero a los cuales también puedan transformar con sus proyectos e ideas de desarrollo individual y colectivo”. De esta manera, el carácter subjetivo, al tiempo que el intersubjetivo, de este grupo social, emergen de manera simultánea y es uno de los aspectos centrales que entraría a diferenciar este imaginario del territorio con el anterior. Lo mismo sucede con la posibilidad en éstos, de rescatar su identidad individual y colectiva, pues el “ser” y el “nos”, es aquí especialmente conjugado, ya que aún en ausencia de muchos de sus actores y de sus prácticas cotidianas, en el territorio actualmente habitado, éstos emergen de manera virtual, en su memoria, en sus añoranzas.

Hemos de mencionar además, que la identidad ha sido vista por algunos autores como *“un proceso complejo de articulación y ‘relación de la memoria (reconstrucción del pasado) con la práctica social (apropiación del presente), con la utopía (apropiación del futuro) y con la representación que el sujeto tiene de ese proceso gracias a su conciencia”* (Guerra, 1994, citado en: Bello, 2001:35-36), lo cual compartimos, sin embargo, según Martha Bello, *“en este contexto, el desplazamiento representa una ruptura dolorosa con el pasado, una difícil apropiación de un presente que no ha sido ni pedido, ni deseado y una gran incertidumbre y desaliento hacia el futuro, el desplazamiento destruye los proyectos y utopías que pudieron haber existido”* (Ibid), con cual también estamos de acuerdo, en lo que hace referencia al pasado y al presente, pero en cuanto al futuro, nos alejamos de esta afirmación pues contrario a esto, para las personas desplazadas por la violencia que se ubica en las ciudades de Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, el futuro si bien es visto con incertidumbre por muchos, también es asumido con esperanza, con ilusión, como forma de hacer posible, ahora, en unas condiciones tal vez no imaginadas antes del desplazamiento, las “otras cosas” que puede llegar a ofrecer la ciudad, pero que en el lugar que han conocido hasta ahora, no han podido acceder, y por ello mismo, no son descartables del todo, en sus anhelos, en “sus utopías”.

Los anhelos y las esperanzas de algo mejor, de algo propio o que de seguridad y pertenencia, que permita considerarlos personas dignas y con derechos, se encuentran claramente representados en los mapas mentales, también es importante mostrar, como la población de mayor edad en especial las mujeres son menos representativas de ilusión o de esperanza, pues sólo desean algo estable y armónico donde permanecer, y donde por lo menos, se les respete su privacidad. Los grupos poblacionales, no muestran una clara diferencia en ninguna de las respuestas, sin embargo se encuentra que los niños de ambos sexos son quienes dan más brillo a sus dibujos, al representar sus imaginarios de lo vivido, no significa que en los otros segmentos de población no aparezcan dibujos llamativos por su estructuración y brillo.

Algunos de los hombres adultos, a través de sus dibujos, señalan la necesidad de una parcela o finca donde puedan trabajar y buscar el sustento propio y de sus familias. Las mujeres mayores se caracterizan por mostrar una clara necesidad de estabilidad y seguridad, y las más jóvenes por ser nuevamente tenidas en cuenta, o sea ser reconocidas como seres útiles con lo que saben hacer desde toda su vida en el campo.

Por otra parte, se hizo evidente, que la población en situación de desplazamiento, que se ha asentado en la ciudad de Barranquilla, muestra un mejor proceso de adaptación, sin que esto signifique que sea plena, sino que se trata de un menor rechazo a la zona, a los “otros” y a su situación, al comparar las representaciones mentales de estos, con las elaboradas por la muestra, de las poblaciones asentadas en Cartagena y Santa Marta. Esto, pude obedecer, a que ésta es una ciudad más grande, con mayores espacios y por ende, con mejores posibilidades para lograr ser, y vivir, además por el hecho de existir la convicción de que Barranquilla es la ciudad de la Costa Caribe más receptora de población desplazada y por ello allí, el Estado y las instituciones ofrecen mayores ayudas a los mismos.

En la ciudad de Cartagena, se puede decir, que todas las franjas de edad y sexo, expresan tener la necesidad de volver a ser “alguien que sea reconocido”, de poseer un espacio donde se sienta cómodo, tranquilo, seguro, libre y próspero, donde sean aceptados y donde haya solidaridad y puedan participar. Diferencian en sus representaciones, con mucha claridad su antes, su hoy y su mañana, al disminuir o aparecer en los dibujos, brillo, y detalles significativos de concepciones de territorio, reconocimiento, seguridad y oportunidades.

Finalmente, los símbolos asociados al territorio anhelado están referidos a: los mencionados en el territorio pasado, pero se agregan como elementos diferenciales en cuanto al tema de la violencia, la ausencia de conflicto armado, la tristeza y nostalgia producto de la no aceptación de la muerte de familiares, la necesidad de librarse del temor y la importancia de la presencia del Estado. También aparece el retorno como otro aspecto incorporado al imaginario sobre el territorio anhelado, cuya posibilidad es contemplada dado el interés y la esperanza de recuperar los bienes materiales e inmateriales perdidos, y el volver a ser quien se era allá, siempre y cuando sean garantizadas condiciones de seguridad y estabilidad socio-económica, de lo contrario este es categóricamente rechazado, sobre todo por la población juvenil.

Luego de este análisis, planteamos algunas conclusiones, relativas a los casos estudiados:

La añoranza por el territorio antes habitado se debilita en la medida en que subsista la desconfianza por su seguridad en ese sitio. Esto puede indicar la poca fé que tiene esta población en que se les puedan restablecer condiciones favorables a su seguridad. Se percibe en la investigación, que no tienen confianza en nada ni nadie para sentirse seguros.

Si la evocación por el regreso al territorio que abandonaron está en función de una seguridad, QUE NO CREEN POSIBLE YA, la disposición podría ser mayor a permanecer en el sitio en que tienen algo de seguridad (seguramente el territorio que ahora habitan), condicionándolo como territorio deseable sobretodo en la medida en que: encuentren ocupación, o tengan posibilidad de generar amistades.

El territorio que han encontrado para asentarse representa de alguna manera, una CONTRADICCIÓN para la población que ha sido desplazada por la violencia: la contrastación con el territorio del que fueron expulsados les hace verlo con connotaciones negativas, ven al actual como el sitio que NO SE DESEA, porque a este sitio no se soñó ni planeó llegar, sólo que allí TOCÓ llegar, por tanto NO ES BUENO. Pero al mismo tiempo, frente al recuerdo traumático de la huída por el hecho violento presenciado o vivido (toma, masacre, amenaza, tortura, saqueo, etc.), el sitio o territorio actual se torna por momentos en un territorio DESEABLE, porque allí SE ESTÁ A SALVO. El territorio al que no se planeó llegar a vivir se convierte en la expresión de TRANQUILIDAD, SEGURIDAD, COMPAÑÍA, PROTECCIÓN, tan fuertemente necesitadas después de los momentos de terror experimentados. Como resultado de esto, la visión es AMBIGUA, y será entonces, también difícil dejar la ambigüedad al decidir marchar o quedarse.

A partir de aquí, nos surgen nuevos interrogantes, en el sentido en que podríamos preguntarnos: ¿Cuántos retrasos, resistencias a la inserción o adaptación al territorio, costumbres, dinámicas y reglas están originadas en esta contradicción de pensamientos y sentimientos?

Y entonces, desde qué perspectiva se proponen políticas, planes o programas para atender los procesos de atención a esta población? En qué momento crucial de su asentamiento se ofrecen y hacen los apoyos, las ayudas para el retorno? Cuánto tiempo se estimaría para poder considerar un eventual retorno? ¿Cómo el tiempo y las dinámicas del sitio de asentamiento contribuyen a fortalecer el anhelo de “pertenecer” al nuevo espacio territorial?

Cómo? Desde cuáles estrategias metodológicas se propondría la comprensión de la DIMENSIÓN que tiene el desplazamiento por violencia, y a partir de esa comprensión, proponer la generación de alternativas de reubicación, retorno o asentamiento definitivo en un territorio.

4. Lineamientos para políticas sociales dirigidas a la población en situación de desplazamiento forzado, desde sus construcciones imaginarias de territorio.

Podemos decir entonces, que independientemente que el desplazamiento producido sea masivo o individual, las comunidades, familias y personas llegan a ocupar lugares particulares en zonas subnormales o se hacen en viviendas de parientes en las cabeceras municipales o ciudades, trayendo consigo su arraigo campesino, su manejo de los recursos naturales y sus procesos naturales de cohesión e integración social, encontrándose en la ciudad con múltiples necesidades no satisfechas de alimentación, vivienda, servicios públicos, empleo, educación, salud, como muchos habitantes históricos de esos lugares y por si fuera poco, marginados y estigmatizados social, económica, cultural y políticamente y presas del temor generalizado que los invade y el estrés post-traumático que deja la guerra.

Pero, tal interés en luchar por insertarse en los contextos socioculturales, políticos y económicos de las ciudades, se enmarca no sólo en situaciones de competencia con “los pobres históricos” de estos lugares por los recursos y ayudas ofrecidas por el Estado o por ONG’s, sino también, paradójicamente, en acciones de asociación, organización, solidaridad y negociación, con éstos, donde ambos grupos sociales, van redefiniendo identidades y universos de sentido, tales como: formas de ser, hacer y estar en términos de sus costumbres, tradiciones, hábitos, creencias, al igual que la oralidad, el lenguaje o jerga, las formas de producción o generación de ingreso, los valores y las normas.

Es así como, se van desdibujando por este efecto, algunos de estos sentidos que la población desplazada trae consigo, dadas las demandas del nuevo territorio y la necesidad de adaptarse al mismo, ya sea por la pérdida y adquisición de reconocimiento o estatus social, donde entran a jugar un papel importante, los procesos de socialización y relaciones de poder en éstas rupturas y fragmentaciones con la red familiar, así como también, la elaboración de duelos simbólicos por las múltiples pérdidas sufridas, y las formas particulares de estructurar canales y medios para expresar y manifestar la afectividad, emocionalidad, la verbalización de hechos y situaciones vividas por el desplazamiento.

De esta manera, al tiempo que surgen fracturas con las redes comunitarias de los lugares anteriormente vividos, se aprenden y se ensayan nuevas formas de establecer relaciones vecinales, conforme a las maneras de asociarse y organizarse para acceder a bienes y servicios que satisfagan sus necesidades básicas en la urbe: adquiriendo y desarrollando nuevas competencias, saberes, destrezas y habilidades, en el marco de la dinámica de la ciudad. La acción colectiva se convierte entonces, en una estrategia de adaptación y de construcción de nuevas territorialidades, partiendo del hecho de que estas poblaciones se ven influenciadas por las urbes, pero a su vez, también son pobladores y constructores de ciudad, a través de diferentes formas de ejercicio ciudadano, que denotan no sólo el rezago

que deja en éstos la guerra, sino también, historias de vida como sujetos dinamizadores e integradores de una territorialidad, aún en medio de los procesos de desafiliación, que hoy por hoy son cada vez más progresivos, marcados por múltiples rupturas sucesivas, durante las cuales los sujetos van perdiendo los lazos con sus diferentes grupos de pertenencia.

Los imaginarios territoriales de esta población, habida cuenta de su heterogeneidad, pues se entiende la multiplicidad de culturas que se entretienen con los “otros” habitantes de las comunidades receptoras, dejan ver las frustraciones, anhelos y miedos no sólo individuales sino también colectivos, frente a su situación de desplazamiento forzado. Por lo que es importante entender que los imaginarios son producto de todo un proceso de construcción social, que se forman a través de un conjunto de códigos que permiten comunicar el significado socialmente consensuado de unos símbolos preestablecidos por el colectivo, los cuales en últimas, vienen a afectar la manera en que se representan los individuos así mismos, y como interpretan la conducta social de los demás: Es decir, los imaginarios vienen a ser producto y resultado de los procesos de socialización, que a su vez son determinados por la cultura de cada sociedad, a partir de la regulación de las instituciones que fortalecen o no, la forma en que se estructura en un colectivo determinadas representaciones sociales, pero también su transformación está ligada a la intervención y participación de éstas.

Se puede decir entonces, que tales expresiones de los imaginarios sociales contruidos por esta población que contienen a su interior valores, normas, símbolos, demarcan la producción, uso y apropiación del territorio. Por tal razón, las construcciones y redimensiones de lo colectivo en su inserción en la ciudad, no sólo en su aspecto espacial, sino también social, cultural, político y económico, resignifican su identidad con base a sus prácticas sociales, discursos y sentidos, en el nuevo contexto.

A partir de las anteriores consideraciones, se establecen algunas recomendaciones a tener en cuenta en el diseño y elaboración de planes, programas y proyectos dirigidos hacia esta población, ya sea por parte de las ONG´s o por los entes gubernamentales.

En primer lugar, al hacer el análisis acerca de la categorización dada a la población desplazada, retomamos el planteamiento de Flor Edilma Osorio, en el sentido de que ésta implica tres categorías básicas para su comprensión, como son las de *“situación, posición y condición de desplazados, la cual se construye no sólo desde los otros, sino desde quienes viven esa dura experiencia. La categoría ‘desplazados’ crea condiciones ambiguas y contradictorias como víctima y como estigma, como sujeto de derechos y como usurpadores de recursos.(...) en la categoría de ‘desplazados’ como noción abstracta, surgen diversas representaciones sociales de las cuales resulta interesante el empleo de la categoría , en función más del ‘soy desplazado’ o ‘es desplazado’ que el de ‘estar desplazado’(...) construcción que va más allá de la forma, no está condicionado a salidas,*

al asumir connotaciones de identidad esencial, fija, y no de una identidad temporal y transformable” (2000: 194), emergiendo entonces, formas de estar y no de ser, en una nueva “identidad”.

Pues bien, en este sentido, políticas de segunda, tercera o cuarta generación, como es la tendencia de hoy, implican plantear claramente su articulación con un marco cartográfico de la actual sociedad, que actúe como horizonte de sentido, contribuyendo a determinar y potenciar formas de vida deseadas, que se conjuguen con la realidad existente, expresada de manera simbólica en diversos territorios, por sujetos integrados de manera subjetiva e intersubjetiva y dialógica. Esto, por cuanto, el sujeto sólo se individualiza en el tejido vital de relaciones de reconocimiento mutuo, y es allí, con los demás con los que socializa, donde se hace vulnerable y moralmente necesitado de atención y consideración, en el sentido de que además, de su integridad vital, es su identidad la que se pone en riesgo, de indefensión, de desamparo y por lo tanto, necesitada de protección.

Por lo tanto, en la medida en que los lazos sociales se quiebran, se rompe también la individualidad de los sujetos y con ello, se hace más profunda su vulnerabilidad y la necesidad de solidaridad, como vía de compensación de ésta, por ello surge el diálogo como una opción en las políticas sociales, en razón a la identidad e integridad de los sujetos, así como, a la construcción o reconstrucción del tejido social, del que hace parte, es decir, por la vía de la socialización y la integración social, y es en esa misma medida como se pueden proteger los lazos sociales, que son los que en últimas, propician la compensación necesaria para esta vulnerabilidad, tanto material como simbólica.

Por ello, una política social orientada en tal sentido, lo primero que tendría que asumir es, por un lado, un análisis reconstructivo del desplazamiento forzado y de las categorizaciones de sujetos que emergen de éste, tratando de encontrar respuesta a sus orígenes y las diferentes formas de comprensión, desde las múltiples “miradas y voces” constitutivas del problema, para a partir de allí, derivar ofertas sociales con otras referencias, con nuevas cartografías sociales y configuraciones categóricas de sujetos, desde sus racionalidades, intencionalidades e identidades. Ello es así propuesto, porque en la sociedad contemporánea, hacen falta análisis que develen lo que sucede con los sujetos cuando los cambios económicos, sociales y culturales operan, cuáles son sus reflexiones, cómo leen esos cambios, en qué le aportan realmente y en que no, cómo los asume en su vida cotidiana, qué aprendizajes le quedan y cuáles mecanismos genera, para revertir o disminuir sus efectos en los diferentes territorios donde se inserta. Y es que los significados expresados en este diálogo, contribuyen a tener mayores elementos conceptuales para categorizar realidades que los representen mejor para, construir con ellos nuevos horizontes de esperanza.

Porque la exclusión y desconocimiento de la población en situación de desplazamiento, no sólo se produce en términos de lo material o la satisfacción de necesidades básicas, sino también en cuanto al desconocimiento de la problemática en sí, a la comprensión del fenómeno, más allá de los datos y el sensacionalismo, o la coyuntura de la noticia en la que muchas veces los medios de comunicación manipulan el imaginario que alrededor de los desplazados construye la sociedad civil, e incluso llegan e inferir en la imagen que los desplazados tienen sobre sí mismos en relación a su situación de vulnerabilidad. Así pues, las construcciones sociales se ven limitadas o preestablecidas en el mercado de consumismo en el que se mueven los medios de comunicación.

Y es por ello que un área especialmente relevante de tales políticas la constituye el partir del cuestionamiento de la categoría con la que se ha asumido a esta población, “desplazados por la violencia”, o “personas en situación de desplazamiento”, ya que es necesaria la profundización en los fundamentos y consecuencias éticas que tales enunciados conlleva, ya que a partir de allí surgen un cúmulo de contradicciones que no sólo se expresaran en la comprensión del problema sino que se traducirán, sin lugar a dudas, en diferentes formas de asumir llevar a cabo estas políticas, por parte de los agentes sociales que la viabilizan a través de sus intervenciones sociales. Esto será posible, cuando en las mismas, se empiece por reconocer los discursos, las voces de esos “otros” a quienes se “interviene” o “beneficia”, sobre su situación y sobre cómo se reconocen a sí mismos. Ya no como discursos que den cuenta de lo que a priori entendemos de su situación, de lo que son y de lo que necesitan, sino cuando partimos por entender que en tales políticas e intervenciones se corre el riesgo de que éstos, asuman las características dadas por quien lo mira y lo busca nombrar, de tal manera, que si son asumidos como “subordinados”, muy difícilmente se le otorgará un estatuto de legítimo pensamiento.

Esto para ir en correspondencia con las políticas sociales contemporáneas, que se distinguen por otorgar a esos “otros”, existencia, capacidad de enunciación y legitimidad, en un diálogo que contribuya a una mayor comprensión de la sociedad, ahora desde lo diferente, y contribuir así, a configurar la política e intervención social de manera más compleja, en tanto un mayor componente ético las transversalice, que incluya esas otras “racionalidades”, por muy diversas y extrañas que “parezcan”.

Ello implica asumir las intervenciones sociales derivadas de tales políticas, como oferta, como la posibilidad de organizar encuentros, de poner en relación, y de reconocer competencias, pero al mismo tiempo, de ofrecer oportunidades, porque cada realidad se evidencia en los discursos desgarrados de quienes la vivencian, los cuales denotan una comprensión de la misma, y es aquí donde empieza el reconocimiento del “otro”, como legítimo otro, como real co-partícipe en dichas políticas, con un carácter ético evidenciado desde el levantamiento y reconocimiento de sus voces.

En segundo lugar, en una política así orientada, también es importante, cambiar la forma de nombrar los programas sociales, que subvierten intervenciones asistencialistas, por otros, de mayor reconocimiento de las personas, lo que implica la incorporación de su dimensión autogestionaria y espontánea, así como desaprender nominaciones de tendencias de actuación exclusivas de género, por unas más flexibles e inclusivas de todos, en cuanto, participantes, igualmente afectados por las mismas situaciones sociales y con derechos comunes, permitiendo al menos, el “intercambio con los extraños y con lo extraño”. También es significativo en tales políticas, el plantear además “otros” programas menos “exclusivos” y diferenciados dirigidos a todas las personas que comparten ámbitos comunes en las ciudades o cabeceras municipales, como el caso para los “desplazados por la violencia” y los “pobres históricos”, por cuanto la delimitación marcada en las ofertas sociales también pueden contribuir tácitamente al fomento de mayor exclusión y diferenciación social, pese a que el interés de las mismas diste de ese fin.

En tercer lugar, en la intervención social es clara la importancia de la “desvictimización” del sujeto desplazado, por cuanto la victimización de los mismos puede producir efectos éticos contraproducentes¹³, ya que si bien no se cobra de ellos mayor responsabilidad, tampoco se le permite una mayor expresión de autonomía, posibilitando que en la implementación de las políticas sociales surjan prácticas como el paternalismo, el asistencialismo y hasta el despotismo, lo que sin duda alguna, está por fuera del alcance ético y hegemónico de cualquier intervención social.

Al entender los agentes sociales en su intervención dirigida los sujetos en situación de desplazamiento, “rotulados” en la categoría de “víctimas”¹⁴ según el imaginario social de éstos, refuerza la imagen de prestador/protegido, que desde el primer momento puede ir apartando cada vez más a estas personas de su opción para participar activa y corresponsablemente en las mismas, reforzando más la dependencia que el fomento de la autonomía y potencialidades de los ciudadanos.

Entender desde el primer momento de la intervención a las personas desplazadas como verdaderos corresponsables, en este caso, de la implementación de tales políticas, permite pensar que a partir sus voces, sus deseos, sus proyectos, pero también sus discensos frente a

¹³ Es significativo el aporte que a este respecto hacían los participantes en el Seminario La resiliencia: Desvictimizar la Víctima, realizado en Cali en el año 2002, quienes en general señalaban la importancia de la victimización de las víctimas y de sacarlas del lugar reservado a quienes deben ser protegidos y tratados de acuerdo con su infortunio y con sus limitaciones; por cuanto según los autores esto conduce a su exclusión, a la frustración a la discriminación y a la descalificación social del individuo (Betancourt, William, 2002: 251, en Cyrulnik, 2002).

¹⁴ Asumimos con Lorenzo Balegno “toda víctima es un ser humano que sufre, pero un ser humano que sufre puede o no considerarse a si mismo o ser considerado como víctima” (2002: 211, en: Ibid), y es que según el autor la posición de víctima no va a depender sólo de la mirada que el otro tiene sobre la persona que sufre, sino sobre todo de la respuesta que tendrá esta persona a la mirada de su entorno (Ibid: 212).

la oferta social, se posibilita que éstos cobren un mayor sentido de respeto y reconocimiento, mayor legitimidad en su “propia” intervención, pues es a partir de su expresividad lingüística cómo es posible comprenderse, comprender a los otros y comprenderlos, y éste es un procedimiento para contribuir a un mayor acierto en la definición del tipo o características de éstas, de su sentido, de las estrategias y de los resultados que aspiran potenciar, no sólo desde el punto de vista material sino también inmaterial y ético.

Ello implica enfatizar en el reconocimiento de la forma como se ven y la conservación de quienes son, no en referencia a la circunstancia sino a sus valores e historia¹⁵ socio-cultural. Porque victimizar es una forma de contribuir a vivir en el sufrimiento asumiéndolos como “limitados”, desvalidos, incapaces, sin posibilidad de restaurar su vida desde sí mismo. Desvictimizarlo, contrario a lo que muchos puedan pensar es una forma de construir ciudadanía o de rehistorizar a esta población, partiendo de sus propios recursos, del respeto por sí mismo y de la corresponsabilidad en el intento por salir del sufrimiento de la situación violenta vivida, sin excesos paternalistas que la victimicen más.

En todo caso, desde cualquier óptica contextual, teórica, metodológica y ética de la intervención social dirigida a esta población, es necesario aprender a no victimizarlos, según el imaginario social a que estamos acostumbrados en la misma, sino que es importante partir de que su condición de personas que han sufrido directamente las consecuencias de la violencia y de la guerra del país, refuerza su sentido de existencia en la sociedad a través de una oferta social “especial” por cuanto desborda los derechos compartidos por otros ciudadanos, pero además que la misma los legitima “de nuevo y de mejor forma” como sujetos de derechos y deberes comunes, a quienes les han sido vulnerados abruptamente los mismos, pero se trata de que esto no se permita más, sino que por el contrario, si bien vivieron condiciones extremas de terror, de degradación, de trauma y de enajenación de su patrimonio material y familiar, ello no obsta para que se siga dando a los mismos, el reconocimiento como ciudadanos, pero además como agentes constructores de sociedad y de paz desde el diálogo, en el cual sean asumidos como interlocutores válidos, es decir, legitimados para argumentar y proponer¹⁶, desde sus nuevos y viejos entornos comunitarios, a través de las distintas formas de participación y organización, que puedan recrear sus imaginarios territoriales.

¹⁵ Colmenares, 2002: 365.

¹⁶ Tal como lo plantea Habermas en su teoría de la acción comunicativa, y es que desde esta perspectiva, se pretende que en la intervención el agente social cree las condiciones de participación, de levantar “voces” considerándose a sí mismo como participante activo y no como el que da las recetas y es protagonista de la misma, o el que pasa desapercibido. (Hoyos, 2002: 266, en: *Ibíd.*)

Esta es una forma de reconocerlos como sujetos por su propia “voz”, dando lugar a su autonomía, a su corresponsabilidad, al respeto y reconocimiento de sí mismo y de los otros, lo cual es expresión de reconocimiento de la dignidad humana a partir de la solidaridad con estas personas (tal como se pretende cuando se victimiza a esta población), pero asumiéndolos más que como indefensos y dependientes como semejantes, por lo tanto, como sujetos de deberes y derechos no sólo frente a su mismo sino frente a los demás, lo que hace de ésta una perspectiva de intervención cuya fortaleza estriba en contribuir a potenciar sujetos ético-políticos, aun en medio de la violencia, del terror y de la desesperanza.

Esta perspectiva ya ha sido analizada por varios autores quienes desde la perspectiva de la resiliencia señalan que es importante evitar que la victimización conlleve a olvidar en las políticas sociales e intervenciones la identidad humana y social de los sujetos, a fin de que la ayuda no signifique para estas personas al mismo tiempo “la destitución de su estatuto” de ciudadano, sino que se trate con ella de reconocer la responsabilidad que ellos tienen en la posición que toman con relación al otro de la ayuda y conservar la solidaridad asociada a la equidad humana (Colmenares, 2002: 415-416, en: Cyrulnik, et. al., 2002). También se ha señalado que la victimización puede contribuir a un mayor encierro individual o grupal y a la fragmentación del tejido social en nombre de una condición o un interés particular, lo cual a su vez, es un obstáculo para la construcción de una representación social de la victimización por la fragmentación del problema, dificultando la toma de conciencia de nuestra responsabilidad humana y social frente a los hechos violentos y al abordaje del problema.

Por otro lado, autores como María Eugenia Colmenares agrega que la no victimización no implica que se desconozca la responsabilidad de los victimarios en el injusto sufrimiento de esta población, sino que éstos no se pierdan su identidad como ciudadanos como estatuto de supervivencia y pertenencia, se trata de trascender la violencia que los victimiza y contribuir desde allí a construir sus proyectos y sueños, los de siempre, debilitando el construir identidades desde el hecho que victimiza, desde aquel que permite una fragmentación del lazo social, que va separando las identidades de origen cultural e históricas, ligando a los sujetos a unas nuevas, bajo la forma de “etiquetas” sociales, como en este caso es la de los “desplazados”; las cuales a pesar de visibilizar un problema de marca mayor, invisibilizan las identidades forjadas en los años por las víctimas. Se trata de dar paso a otras que los conviertan en agentes del proceso de disvictimización, conservando sus referentes socioculturales, sobre aquellas “ganadas” del hecho que victimiza.

Esto además contribuye a que el problema no sólo sea conocido sino manejado como un problema de sociedad, evitando la creación de marcos de referencia particulares en referencia a la condición de las víctimas, pues esto contribuye a la destrucción de los valores comunes de la referencia en detrimento de la identidad y la pertenencia, para preservar la dinámica de desarrollo de sus valores humanos y sociales (2002: 410-415, en: *Ibíd.*)

En cuarto lugar, tenemos en las políticas dirigidas a esta población también se hacen complejas en la medida en que integren múltiples ámbitos de la sociedad, tales como: salud, educación, vivienda, entre otros, mediante estrategias complementarias, donde se incluyan instituciones pertenecientes a diferentes sectores del Estado, la empresa privada o la sociedad civil, haciendo partícipes en todos los momentos del proceso, de manera discursiva, no sólo a los destinatarios de las mismas, sino también a sus agentes sociales, pretendiendo claramente fomentar el ejercicio de la ciudadanía por parte de los beneficiarios; que éstos puedan esgrimir un “sí” o un “no” libre de coacciones, frente al acercamiento o desencanto que produzcan en esta población, sus “estrategias” vinculantes a los proyectos sociales que instrumentaliza, donde sean asumidos como ciudadanos, que den lugar a una vinculación más colaborativa, que como beneficiarios. Ello es así, porque la efectividad de una política e intervención social ya no está dada por su aplicación a un problema o situación determinada, sino por la contribución que haga a la autonomía y la ciudadanía de las personas, por ello hoy por hoy los indicadores y parámetros de evaluación de las mismas son más sobre esta base.

Es claro que las condiciones de vida, la mayoría de las veces, deprimentes, de las personas en situación de desplazamiento, en este caso, urgen de respuestas inmediatas relativas a la recepción de bienes y servicios para su subsistencia, lo cual es algo que éstas necesariamente deben seguir atendiendo; sin embargo, lo que está en discusión hoy es que éste no puede ser el centro y el fin de una intervención que pretenda potenciar tales códigos. Por ello, los programas de atención a población en situación de desplazamiento forzado, deben superar el asistencialismo material y trascender a un desarrollo humano sostenible, que les permita a estas personas alcanzar una mejor calidad de vida, al tiempo que sea superable de generación en generación.

En ese sentido, los indicadores de logro de las mismas deben permitir, más que la confrontación entre racionalidades unívocas y tiempo, el centrarse en lo positivo, lo que es digno y satisfactorio alcanzar, más que en aquello que no se desea lograr, es decir, en la negatividad del “no logro”. Tal es el caso de promover ciudadanías, proyectos, diálogos participativos, esto es lo que se constituye en una política social de cara a una ética, inscrita en códigos discursivos hacia la solidaridad y a autonomía, que indague y proporcione instrumentos para el desarrollo de estas potencialidades en los ciudadanos, desde el

reconocimiento y respeto hacia ellos, hacia sus prácticas, sus imaginarios, sus formas de vida, en los diferentes territorios donde se ubican, en este caso, de la ciudad.

No obstante, debemos dejar claro, que frente al tema de la ciudadanía, hoy pareciera entenderse a los ciudadanos como los que surgen en el marco de una “ciudad”, lo que implica el insertarse en otras lógicas racionales de actuación y de comunicación salidas de lo étnico, lo racial, o las de origen, las cuales pasan a ser desconocidas, para impulsar entonces, que el sujeto al hacer “parte” de una ciudad, a pesar de ser en ella “foráneos”, “extraños” y “diversos”, ha de empezar por “identificarse” dentro de ella, es decir ganar una “nueva identidad”, que determinadamente surge como un primer punto para que pasen a asumir los “beneficios” y “ventajas” que a través de las políticas sociales oferta el Estado Social de Derecho a sus miembros; y al mismo tiempo para que les sea “permitido pensar, deliberar, consultar, argumentar”, “reclamar y ejercer sus derechos pero también deberes”, “articular sus anhelos de vida”. Con ello primariamente empiezan a entender las “ventajas” que al hacer parte del espacio local y ciudadano, el Estado y el resto de la sociedad les ofrece, y además les ayuda a defender.

Haciendo un paréntesis, es como si al hacerse “ciudadano”, entendido como miembro de la ciudad, sea tenga una “tabla de salvación” para “sobrevivir” y “quedarse”, o será mejor, “beneficiarse” de ella, y para ser pensado, como “igual”, que se asume, como “ser miembro de...”. Muy a pesar de este “esfuerzo” del Estado y de las instituciones, implícita o explícitamente, en la intervención social, muchas de estas personas siguen asumiéndose e identificando como “diferentes”, por lo que, hoy en día, es necesario asumir en dicha intervención, como señalan algunos autores, el concepto de “ciudadanía diferenciada”, ante fenómenos como el multiculturalismo e interculturalismo en nuestras sociedades, el cual en el caso colombiano, es gatillado por otros, como el desplazamiento forzado. En este sentido, el concepto de ciudadanía, iría más allá del pertenecer a un espacio geográfico, como muchos entienden la ciudad.

De esta forma, es como si implícitamente se asumiera que para ser “ciudadano”, sujeto de derechos, “lo tuyo, lo de tu raza, lo de tu pueblo, queda atrás, porque sólo así reivindicas tus acciones en este maravilloso y virtuoso espacio llamado ciudad y para que la misma te reconozca como igual, o al menos con una fuerte tendencia a ser igual y por lo tanto habilitado para hablar”. De esta manera, el correlato privado de ciudadanía por parte del Estado y las instituciones, no se hace, sólo se asume como “dado” y asumido por cada uno, cuando es ejercida la ciudadanía pública, es decir, basta con el fomento de esta “ciudadanización”, para que se entienda que la otra se da. Este análisis se desprende de lo

que puede estar sucediendo, en el caso colombiano, con las personas “en situación de desplazamiento forzado y afrodescendientes”¹⁷.

Se entiende entonces, que el ser ciudadano, va más allá del ejercicio de deberes y derechos sociales enmarcados en un espacio geográfico, pues también lo es, la capacidad de actuar en la construcción de colectividades, de sociedad, independiente del territorio espacial, mediante una conectividad dialógica, como proponemos, donde se pasa de un “orden dado” a un “orden producido” por todos y cada uno de los participantes, en cada uno de los ámbitos territoriales.

En quinto lugar, si tenemos en cuenta los planteamientos de la CEPAL acerca de la generación de capital social en las políticas sociales a través de la reciprocidad, la confianza y la solidaridad (CEPAL, 2002: 139 y ss), y lo que el BID en el año 2001 señalaba acerca de que “*la autonomía es el fin del desarrollo, hacia el cual deben ir enfocados cada objetivo y estrategia específica de cambio social, para garantizar el carácter realmente ético de las políticas, programas y proyectos de desarrollo*”¹⁸, podemos pensar que es a partir de una lógica de los derechos sociales, desde donde se refundan las políticas sociales en la contemporaneidad, pues esta lógica concita la autonomía y ciudadanía, porque “*en un mundo de desiguales, en el que la desigualdad lleva a la dominación de unos por otros, sólo las políticas que favorezcan la igualación de oportunidades pueden tener legitimidad*” (Cortina y Martínez, 1998: 178).

Por lo cual, resulta válido en las políticas sociales, el desarrollo de formas que posibiliten la reflexividad de los usuarios, en el sentido de que éstos se asuman más como sujetos de derechos y por lo tanto de responsabilidades, que como sujetos “carenciados” o “beneficiarios”. Así, la individualidad, la solidaridad y el diálogo, se presentan como mecanismos para colocar en la agenda de las políticas sociales públicas temas de relevancia.

En sexto lugar, con relación a los imaginarios, tenemos que éstos no actúan de manera aislada en la conducta social de los individuos y colectivos, por el contrario, se expresan en un entramado de relaciones de interdependencia unos con otros, tanto así, que el grado de influencia o afectación que ejercen en los procesos sociales está dado por estas relaciones de interdependencia, en una red de símbolos, códigos y significados compartidos.

¹⁷ Este análisis es derivado del artículo de Mosquera, Claudia. (2005). *Pluralismos epistemológicos: hacia la valorización teórica de los saberes de la acción. Una reflexión desde la intervención a la población afrocolombiana desplazada*. En: *Revista Palimpsesto*. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. P. 262-276.

¹⁸ Para una mayor ampliación ver: <http://educocoea.org>.

De este modo, a través de los imaginarios, en este caso, colectivos, un grupo social designa su identidad, elaborando una representación de sí mismo. Tal vez por esto, en las políticas e intervenciones sociales dirigidas a la población desplazada por la violencia, se tiende a homogenizar la comprensión de su realidad, por ello, es necesario, al decir de Flor Edilma Osorio “...reconocer el carácter híbrido de lo local contemporáneo, y la importancia de una perspectiva dialéctica entre las diferentes escalas de territorialidad que permite comprender “que lo local y lo global están inscritos en una relación mutuamente constitutivas”(Osiender,1999:,10, citado en: Osorio, 2001:190).

Y es que siguiendo a Naranjo, “los territorios son históricamente determinados, socialmente contruidos, económicamente apropiados, políticamente representados y simbólicamente significados, entonces son el resultado siempre inacabado, siempre en construcción de procesos históricos, culturales, simbólicos, económicos, político sociales y también bélicos y violentos” (op. cit.: 87).

Entonces, cuando a políticas para población en situación de desplazamiento se hace referencia, es importante reconocer la marca de territorio que llevan en sus recuerdos, en sus vivencias, y en sus anhelos, pues ello determina su historicidad, pero también el cúmulo de intereses y recursos de todo orden que subyacen a la organización del espacio que empiezan a habitar en la ciudad, además de la marca de violencia que llevan, así como sus mecanismos de perpetuación constantes en la sociedad. Tampoco hay que olvidar que dados estos “nuevos” actores y grupos sociales, entrantes a participar, consensuadamente o no con los “habitantes antiguos”, en estos territorios urbanos, generan al decir de Zambrano “tensiones y competencias” (2001: 15), que van a determinar las jerarquías, los nuevos juegos y roles de poder, que a su vez van configurando la reorganización social y espacial de este territorio.

Por todo esto, resulta interesante con esta reflexión, que la academia posibilite el reconocimiento de los imaginarios relacionados con los lugares de origen de las colectividades desplazadas por la violencia, que subyacen a las nuevas ocupaciones territoriales, así como los que existen en los territorios receptores y que se incorporan a las prácticas sociales de los nuevos pobladores y los que se basan en construcciones teleológicas acerca del territorio por parte de esta población, para que sean catalizadores de desarrollo y de un mejor estar ya sea en el lugar que ocupan, en el de origen, o tal vez en otro diferente; en todo caso, es importante, que en esta búsqueda se exploren estrategias metodológicas de investigación flexibles, de cara al reconocimiento de la vivencias de esta población.

Con este estudio exploratorio, se espera contribuir a dilucidar algunos aspectos que suceden al interior de estas colectividades –su cosmovisión, sus interacciones, sus discursos, sus ideales, sus principios, sus contradicciones y diferencias–, en una palabra sus imaginarios,

su ambiente sociocultural, con el objeto de que las propuestas sociales dirigidas a esta población por parte del Estado, la empresa privada y las ONG's, consideren las diferencias y devenires de estas colectividades, que sean más consultivas y asertivas en sus propósitos y estrategias, y que tengan un mayor impacto social; por cuanto, el reconocimiento de los procesos sociales y las formas propias de construcción del territorio, por ejemplo, podrían señalar elementos básicos para la construcción de una nueva sociedad, de una nueva ciudadanía.

Por otro lado, el fortalecimiento de los procesos de organización comunitaria, las redes sociales y familiares, la reconstrucción del tejido social a partir de lo cotidiano, en la dinámica de las comunidades de asentamiento, haciendo participe a los habitantes históricos de los lugares de llegada, como agentes activos en el proceso de inserción de estas poblaciones a la urbe, va a permitir configurar más rápida e integradamente, identidades colectivas en estos territorios. De allí la importancia de generar espacios de integración social con las comunidades receptoras que permitan el intercambio cultural entre los que están y los que llegan, es decir la población desplazada; así mismo, el reconocimiento social, disminuyendo con ello la estigmatización social de la población desplazada y por que no, de los "pobres históricos" de estos lugares, y las relaciones tensas entre los habitantes de estas comunidades, al sentirse como los "aplazados", ante los desplazados, por parte del Estado y las ONG's, que brindan atención en estas ciudades.

Esto es así asumido, si tenemos en cuenta que el impacto en las ciudades del desplazamiento forzado, de los conflictos sociales que subyacen a esta situación, van determinando nuevas configuraciones de ciudad y de ciudadanía, no sólo a raíz de los cambios que viven los desplazados en éstas, sino también de los que sufren sus antecesores en éste ámbito, ya sea en cuanto a sus saberes, historias, habilidades y capacidades, lo cual va a actuar como catalizador en la transformación de las distintas prácticas cotidianas y formas de organización social de las urbes. Resulta importante tener presente, los imaginarios sobre el territorio que van configurando y resignificando estos grupos sociales, el cual pasa por sus actores, quienes *"construyen diferentes representaciones desde las cuales perciben la realidad en la que actúan, a otros actores y así mismos. Estos modelos de referencia de carácter social también son los principios desde los cuales se definen los posicionamientos y las conductas de los actores"* (Ballester, et. al., 2002: 147-148). Porque definitivamente lo que la violencia no se llevó fue la reificación de imágenes del territorio vivido, la reconversión de la ciudad, la resignificación de la ciudadanía y el horizonte ilimitado de los sueños.

Bibliografía

BACZKO, Bronislaw. (1984). *Los Imaginarios Sociales. Memorias Y Esperanzas Colectivas*. Capítulo: *Imaginación Social – Imaginarios sociales “Temas y palabras de Moda”* Título original Francés: *Les imaginaires sociaux: Memoires Et Espoirs Collectifs*. Payot, París. Traducción de Pablo Betesh. (1991). Colección cultura y sociedad. Edición Nueva Visión. SAIC. Buenos Aires.

BALEGNO, Lorenzo (2002). *Nuevas interpretaciones en psicoterapia: trascender la mirada psicopatologizante sobre el sujeto*. En: CYRULNIK, Boris, et. al. *La Resiliencia. Desvictimizar la víctima*. CEIC, OIM, USAID, RAFUE, Colección Clínico-Psicológica, Cali.

BALLESTER, Luis, ORTE, Carmen, et. al. (2002). “*Análisis cualitativo de entrevistas*”, En: Revista NÓMADA N° 16. *Investigación y transformaciones sociales*. Octubre. Departamento de Investigación de la Universidad Central.- DIUC. COMPENSAR, Caja de Compensación Familiar. Bogotá.

BELLO, Martha Nubia. (2001). “*Desplazamiento Forzado y Reconstrucción de Identidades*”. Premio Nacional de Ensayo Académico Alberto Lleras Camargo IV Convocatoria. Primera edición. Ministerio de Educación Nacional. Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior -ICFES. ARFO Editores e impresiones Ltda. Bogotá.

BETANCOURT, William (2002). *Discutiente*. En: Cyrulnik, Boris, et. al. *La Resiliencia. Desvictimizar la víctima*. CEIC, OIM, USAID, RAFUE, Colección Clínico-Psicológica, Cali.

BOTERO, Constanza (compiladora). (2001). “*Memorias Urbanas, Pereira, Haciendo Ciudad desde los Mapas Culturales*”. Primera edición. Instituto de cultura de Pereira- Universidad Católica de Risaralda. Primera edición. Risaralda.

CARBALLEDA, Alfredo. (2002). *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Primera edición. Ediciones Paidós. Buenos Aires.

CEPAL (2002). *Panorama Social de América Latina - 2001-2002: Capital social: sus potencialidades y limitaciones para la puesta en marcha de políticas y programas sociales*. Santiago de Chile.

CODHES. (2003). Boletín N.º 44. “*Balance de la Política de atención al desplazamiento Forzado en Colombia. 1999 -2002*”. Alto comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados Oficina para Colombia – ACNUR. Bogotá.

COLMENARES, Maria Eugenia (2002). *Principios jurídicos de la protección en Colombia vistos desde los valores psicológicos del hecho resiliente*. En: CYRULNIK, Boris, et. al. *La Resiliencia. Desvictimizar la víctima*. CEIC, OIM, USAID, RAFUE, Colección Clínico-Psicológica, Cali.

COLMENARES, Maria Eugenia (2002). *Valores resilientes y representaciones culturales. Desplazados, exiliados, desterrados*. En: CYRULNIK, Boris, et. al. *La Resiliencia. Desvictimizar la víctima*. CEIC, OIM, USAID, RAFUE, Colección Clínico-Psicológica, Cali.

CORTINA, Adela y MARTINEZ, Emilio. (1998). *Ética*. Ediciones Akal. Madrid.

CYRULNIK, Boris, et. al (2002). *La Resiliencia. Desvictimizar la víctima*. CEIC, OIM, USAID, RAFUE, Colección Clínico-Psicológica, Cali.

DELGADO, Ovidio. (2001). *Espacio, Territorio y Ambiente. Geografía, espacio y Teoría Social*. En: *Espacio y Territorios. Razón, pasión e imaginarios*. Primera edición. Universidad Nacional de Colombia. Red de Estudios de Espacio y territorio, RET. Vicerrectoría General. Bogotá.

ESCOBAR, Arturo. (1998). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Editorial norma. Santa Fe de Bogota.

ESPINOZA, Henao Oscar. (2001). “*Del Territorio, la Guerra y el Desplazamiento Forzoso, un Vistazo Sociológico*”. Ponencia presentada en el II Seminario Internacional Sobre Territorio y Cultura. Territorios de Conflicto y Cambio Sociocultural. Pre-Memorias. Universidad de Caldas. Departamento de Antropología y Sociología. Grupo de Investigación Territorialidades. Manizales, Octubre 23 al 27.

GIMENEZ, Gilberto. (2000). *Territorio y Cultura e Identidades*. En: *Cultura y Región*, editado por Barbero, Jesús Martín y otros. CES. Universidad Nacional – Ministerio de Cultura. Santa Fé de Bogotá.

GOUSET, Vicent. (1999). *“El territorio Colombiano y sus Márgenes”*. *La difícil tarea de la construcción territorial- Desarrollo local-* En: Revista de Estudios Regionales y Urbanos ‘Territorios’. Edición N° 1. CIDER-ACIUR-IDEADE de la Pontificia Universidad Javeriana y FONADE. Bogotá, Agosto de 1998- Enero de 1999.

HABERMAS, Jürgen. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Volumen I y II. Taurus, ediciones. Madrid.

HABERMAS, Jürgen. (1991). *Escritos sobre moralidad y eticidad*. Editorial Paidós. Barcelona.

HENAO, Hernán y VILLEGAS, Lucelly. (1997). *Estudio de Localidades*. Programa de Especialización. Programa de Especialización en Teorías, Métodos y Técnicas de Investigación Social. ICFES. CORCAS Editores Ltda. Santa Fé de Bogotá.

HOYOS, Guillermo (2002). *Discutiente*. En: CYRULNIK, Boris, et. al. *La Resiliencia. Desvictimizar la víctima*. CEIC, OIM, USAID, RAFUE, Colección Clínico-Psicológica, Cali.

MAICOL, Ruiz Mauricio. (2001). Capítulo 3: *Mapas Culturales. Una Aproximación Cultural al territorio*. En: GONZALEZ; Botero Constanza (Comp.). *Memorias Urbanas Pereira, Haciendo Ciudad desde los Mapas Culturales*. Primera edición. Instituto de Cultura de Pereira – Universidad Católica de Risaralda. Fundación Cultural Germinando. Pereira.

MEJÍA, Marco Raúl. (2002). Ponencia: *“Pedagogía del Conflicto”*. Presentada en II seminario de pedagogía Social. Facultad de Ciencias Sociales y Educación. Universidad de Cartagena. Memorias. Transcripción de Carlos Ospina Bozzi. Cartagena.

MONTAÑÉS, Gómez Gustavo. (2001). *Capítulo introductorio*. En: *Espacio y Territorios. Razón, pasión e imaginarios*. Primera edición. Red de Estudios de Espacio y territorio, RET. Vicerrectoría General. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

MOSQUERA, Claudia. (2005). *“Pluralismos epistemológicos: hacia la valorización teórica de los saberes de la acción. Una reflexión desde la intervención a la población afrocolombiana desplazada”*. En: *Revista Palimpsesto*. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

NARANJO, Giraldo Gloria. (2001). *“Reinvención de la identidad. Implicaciones del desplazamiento Forzado en las culturas locales y Nacional”*. Texto V Cátedra anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado. Memorias. Primera Edición, Bogotá.

OSORIO, Flor Edilma. (2001). Ponencia: *“Territorios, Identidades y Acción Colectiva. Pistas en la Comprensión del Desplazamiento”*. En: Desplazamiento Forzado Interno en Colombia: Conflicto Paz y Desarrollo. Memorias Seminario Internacional. Junio. ACNUR – CODHES. Bogotá. Pagina web. www.codhes.org.co. *“Informe Sobre Desplazamiento Forzado, Conflicto Armado Y Derechos Humano En El 2002”* Boletín número 44, Bogotá Colombia, 28 de abril de 2003. Balance de la Política de atención al desplazamiento Forzado en Colombia. 1999 -2002 Alto comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados Oficina para Colombia – ACNUR.

PINTOS, Juan Luis. (2000a). *Construyendo realidad (es): Los imaginarios sociales*. Santiago de Compostela. Marzo. <http://www.usc.es/~jlpintos/articulos/construyendo.htm>.

PINTOS, Juan Luis. (2000b). *El metacódigo “Relevancia/ opacidad” en la construcción sistémica de las realidades*. Grupo Compostela sobre Imaginarios Sociales. Universidad Santiago de Compostela – Galicia – España. Departamento de Sociología en Ciencia Política y administración. Santiago de Compostela/ Concepción (Chile). <http://idd00qmm.eresmas.net/articulos/relevancia.htm>.

SANDOVAL, Carlos. (1997). *Investigación Cualitativa*. Programa de Especialización en teoría, Métodos y Técnicas de Investigación Social. ICFES. CORCAS Editores Ltda. Santa Fe de Bogotá, Agosto.

SILVA, Armando. (2000). *Imaginarios Urbanos*. Cuarta Edición. Tercer Mundo Editores. Bogotá, Febrero.

VILLEGAS Vélez, Álvaro. (2001). *Campesinos en Medellín. Políticas de la identidad y políticas del territorio*. Ponencia presentada en Segundo Seminario Internacional Sobre Territorio y Cultura. Pre-memorias. Universidad de Caldas, Manizales, Octubre 23-27.

Fecha de Recepción: Junio 27 de 2008

Fecha de aprobación: Septiembre 22 de 2008